3864

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMATICAS Y LÍRICAS

EL DUQUE DE GANDÍA

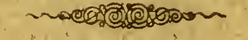
DRAMA LIRICO EN TRES ACTOS Y UN EPILOGO, EN VERSO

ORIRIGINAL DE

JOAQUIN DICENTA

música de los maestros

ANTONIO LLANOS Y RUPERTO CHAPÍ



MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1894

EL DUQUE DE GANDIA

EL DUQUE DE GANDÍA

DRAMA LIRICO EN TRES ACTOS Y UN EPILOGO, EN VERSO

ORIGINAL DE

JOAQUÍN DICENTA

música de los maestros

ANTONIO LLANOS Y RUPERTO CHAPÍ

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO DE LA ZARZUELA, la noche del 10 de Marzo de 1894.



MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1894

PERSONAJES		ACTORES
LA EMPERATRÍZ ISABEL.......	SRA.	ALONSO (R.)
LEONOR, duquesa de Gandía.....	»	NAYA.
UNA DAMA.........	»	BERNAL.
UN PAJE..............	SRTA.	BUENO.
FRANCISCO DE BORJA, duque de Gandía.....................	SR.	BERGES.
EL CONDE DE ÚBEDA....... ..	»	BUESO.
FRAY JUAN.......	»	SOLER.
EL MARQUÉS DE MONTILLA. .	»	GUERRA.
GARCÉS........	»	SUÁREZ.
FERRÁN............	»	ALVAREZ (C.)
CABALLERO 1.º...............	z	SUÁREZ.
ÍDEM 2.º..........	»	NAVARRO.
EL PRIOR....................	»	SOLA.
UN HUJIER...................	»	ASENSIO

Caballeros, Damas, Aldeanas, Aldeanos, Soldados, Pajes, Frailes, Heraldos, Alguaciles, Regidores, Cardenal, Obispos, Clérigos, Acólitos, etc.

La acción en Toledo los tres primeros actos y en Granada el Epilogo.—Año de 153...

NOTA. Esta obra ha sido puesta en escena por el Sr. Soler, á quien me complazco en dar gracias por su acertada dirección.
La orquesta fué dirigida por el maestro Bauza.

ACTO PRIMERO

El teatro representa un salón de gusto oriental en una finca de recreo que posee el Duque de Gandía á orillas del Tajo. Dos puertas en el lateral derecho, y una en el izquierdo. Puerta grande al foro. Esta puerta será de dos hojas, y estará cerrada al comienzo de la representación, dejando ver al abrirse una galeria con balaustrada practicable, y en el centro de ella una gran mesa espléndidamente servida. El salón y la galería estarán profusamente iluminados. El mueblaje será lujoso y acomodado al gusto oriental. En segundo término, á la izquierda, una mesa, y sobre ella jarros y cálices dorados. La escena comienza en las primeras horas de la noche de un día de verano. Al levantarse el telón canta el Coro dentro, y Garcés y Ferrán reponen los jarros.

ESCENA PRIMERA

GARCÉS, FERRÁN y CORO, dentro.

MÚSICA

CORO. (Dentro.)
¡Viva la dicha!
¡Viva el placer!
¡A gozar; á reir;
á beber; á beber!
HOMB. Deja á mis manos

coger tu copa,
y robar de sus cristales
el aliento de tu boca.

MUJ. Tomad el vaso;
bebed, señor,
y brindad por los deleites
del placer y del amor.

TODOS. ¡Viva la dicha!
¡Viva el placer!
¡A gozar; á reir;
á beber; á beber!

HABLADO

FERRAN. ¡Buen día!

GARCES. Pues no le cede
la noche que nos espera.
Ya se sabe, cuando el Duque
tales festines celebra,
ocurre siempre lo mismo
y más.

FERRAN. ¿De veras?

GARCES. De veras.
Esto es el principio; á mi amo,
tratándose de una fiesta,
ni hay placer que le fatigue,
ni bebedor que le venza.

FERRAN. Pues los otros no se diga.
Yo, de descorchar botellas
tengo rendida la mano.
Y en lo de beber, las hembras
compiten con los galanes.
Parecen cubas, cubiertas
de blondas y terciopelos,
y arrequives y preseas.

GARCES. No lo extrañes, porque todas
viven á estos lances hechas.
Bailarinas, comicastras
y damas de honor en reja,
pueden gozar sin escrúpulo;

pueden beber sin reserva;
pueden atreverse á todo,
porque no es fácil que pierdan
dos cosas que ya no tienen:
el sentido y la vergüenza.

FERRAN. ¡Y son guapas!...

GARCES. ¡Andarían
por aquí si fuesen feas!

FERRAN. ¿De modo...?

GARCES. Que el señor Duque
los divierte; que se alegran
sus convidados; que el vino
se les sube á la cabeza,
y que acabará en burdel,
lo que ha comenzado en fiesta.
¿Está el comedor dispuesto
para la hora de la cena?
(Señalando la puerta del fondo.)

FERRAN. Sí.

GARCES. Pues repón esos jarros
y descorcha otras botellas,
y calla, y sirve, y procura
no quedarte en la bodega.

FERRAN. ¡En la bodega! ¡Si fuese
al lado de alguna de esas!...

GARCES. No es fácil.

FERRAN. ¿Por qué? Soy jóven...

GARCES. ¡Juventud!... Brava moneda
para damas... de tablero
y señoras... de comedia.
Como no cuentes con otra,
Ferrán, no cuentes con ellas.
Anda, y no des al olvido
tu obligación.

FERRAN. Nada temas.

(Sale Ferrán por la segunda puerta de la derecha. Entra el Conde de Ubeda por la puerta de la izquierda.)

ESCENA II

EL CONDE DE ÚBEDA y GARCÉS.

UBEDA. (Bajo.) ¡Garcés!...
(Garcés se vuelve al oir la voz del Conde.)
GARCES. ¡Señor!
UBEDA. ¿Estás solo?...
(Garcés, luego de mirar para convencerse de que nadie puede escucharlos, se acerca al Conde.)
GARCES. Podéis hablar sin reserva.
UBEDA. ¿Viste á la duquesa anoche?
GARCES. Sí.
UBEDA. ¿Cumpliste tu promesa?
GARCES. Como cumplo y he cumplido
cuanto vuestro labio ordena.
Vos me salvásteis la vida,
que pataleaba presa
en los cordeles de una horca;
y es razón que yo obedezca
sumiso vuestros mandatos,
sean ellos los que sean.
UBEDA. ¡De suerte...!
GARCES. Ya lo habéis visto.
Me ordenásteis que sirviera
á los duques de Gandía,
y cómo el pan de su mesa,
y hago traición á quien tiene
su confianza en mí puesta.
UBEDA. ¡Garcés!... (Con impaciencia.)
GARCES. (Con sinceridad ruda.)
No es que yo me queje.
Lo hecho está hecho, y no me pesa;
que vuestros odios son míos,
mías las venganzas vuestras,
y en mí tenéis para usarlos,
cuando hacerlo os apetezca,
un brazo que hiere firme,
y una voluntad que llega
donde vos queráis llevarla,
sin decir quién la maneja.

UBEDA. Ya lo sé, y por ello cuento
contigo para esta empresa,
en que llevo interesadas
mi ambición, mi vida entera.
Esta vida, que no es vida
desde que mi amor desprecia
esa mujer, en quien puse
mis ilusiones más bellas;
y esta ambición, que no avanza
una línea sin que tenga
que tropezar con ese hombre
que la humilla y la supera.
¡Por triunfar de su desvío,
por humillar su grandeza,
porque padezcan los dos
como yo padezco, diera,
no mi caudal, no mi fama,
no mis goces en la tierra,
el cielo, con ser sus dichas
inagotables y eternas!...
GARCES. Doña Leonor...
UBEDA. La amé tanto,
como Borja la desdeña.
Por él despreció mis ansias...
(Con odio.) Pues bien, es preciso que ella
sufra también, que devore
el escándalo y la afrenta
de ver al Duque entregado
á viciosos y rameras.
Por eso quise engañarla;
para eso quiero que venga.
GARCES. Y lo hará, no tengáis duda;
que es celosa y es resuelta.
UBEDA. ¿La diste la carta?
GARCES. Anoche.
UBEDA. ¿Y nada dijo?
GARCES. Al leerla,
se le enrojeció el semblante
de dolor y de soberbia.
UREDA. ¿Y vendrá? (Con gran interés.)
GARCES. Vendrá. El anónimo,
avivando sus sospechas,

la ha embravecido. Por todo
arrostrará. Orden expresa
de esperarla en esta casa,
y á la entrada de la puerta
del jardín, me ha dado anoche.

UBEDA. ¿Hora?

GARCES. Las diez.

UBEDA. Así sea
cual dices.
(Aparte, y con marcado acento de rencor.)
¡Sí; ella primero;
y cuando me vengue de ella,
el Duque!... Yo haré que salga
del pecho donde la encierra,
la pasión abrasadora
que á la Emperatriz profesa.
Yo haré que esa pasión llegue
hasta don Carlos, envuelta
en girones de calumnia...
¡Que el Emperador lo sepa,
y es segura mi venganza,
y su perdición es cierta!
(A Garcés.) ¿Cuento contigo?

GARCES. Si es caso
de herir, mandadme que hiera.

UBEDA. No, Garcés. De espada á espada,
no es fácil que á nadie tema.
(Aparte.) Matarle, pero á su tiempo,
cara á cara y por mi diestra.
Antes, mataré su dicha.

(Garcés hace ademán de escuchar por la puerta de la izquierda, y se dirige hacia Ubeda.)

GARCES. ¡Señor!

UBEDA. ¿Qué?

GARCES. Gente se acerca.

(Ubeda mira hacia la puerta de la izquierda.)

UBEDA. ¡Montilla! Este imbécil, puede
ser auxiliar de mi empresa.

(Hace una señal de despedida á Garcés; éste sale por la primera puerta de la derecha, á tiempo que entran por la izquierda Montilla y Coro General de Convidados. Procúrese que las mujeres vayan vesti-

das con el lujo provocativo propio de la clase á que pertenecen.)

ESCENA III

EL CONDE DE ÚBEDA, EL MARQUÉS DE MONTILLA y CORO GENERAL DE CONVIDADOS

MÚSICA

MONT. El vino y las hermosas
mi sólo encanto son;
por ellas sólo siento
latir mi corazón.
Al amor desafío,
no temo la embriaguez,
el vino no me rinde.
(Tambaleándose.)
CORO. (En son de burla.)
¡Ejém! ¡ejém!
MONT. ¿Podéis dudarlo?
CORO. ¡Ejém! ¡ejém!
MONT. Puedo probarlo.
CORO. ¡Ejém! ¡ejém!
¡Apenas puede
tenerse en pie!
¡Vaya si es fuerte!
¡Ejém! ¡ejém!
UBEDA. Yo sostengo que á Montilla
nadie en el mundo le iguala,
cuando empina una botella
ó cuando canta una jácara.
La jácara nueva
nos vais á cantar.
CORO. ¡Que cante la jácara!
MONT. ¡Oid, escuchad! (Pausa.)
Iba Juana la Rabicortona
cruzando la plaza del Zocodover...
CORO. ¡Del Zocodover!
MONT. Y un galán, atajándola el paso,

la dijo al oído: ¡Hermosa mujer!...
Si tú me dejases seguir á tu lado,
á donde tú fueses, iba yo también.
Y ella repuso:
—Bien puede ser
que se cansara
vuestra merced.
—Yo no me canso,
puedo probar.
—Pues pruebe.—Pues pruebo.
Y echaron á andar.

CORO. Y ella repuso:
—Bien puede ser
que se cansara
vuestra merced.

MONT. Caminaron por calles y plazas,
hablando él, y ella dejándole hablar.

CORO. Dejándole hablar.

MONT. Y en una calleja estrecha y obscura,
cuando iban la esquina los dos á doblar,
salieron dos jaques, guiñóles la moza,
y á palos molieron al pobre galán.
Echáronle al suelo,
le hicieron callar;
después, le quitaron
cuanto hay que quitar;
y la moza, con los jaques,
por la calle arriba echó,
y el galán, sin novia
ni ropa quedó.

CORO. Ni ropa quedó.

MONT. Desde aquel suceso, cuando ve á una moza,
dice que se cansa, que no puede andar;
y al ver unas faldas, venir á su encuentro,
parece que el diablo le viene á buscar,
según la mirada
y el gesto de agraz
que pone, al mirarlas,
el pobre galán.

CORO. Desde aquel suceso... etc.

MONT. Esta es la jácara nueva,
¡quién pide más!

CORO. Esta es la jácara nueva,
¡quién pide más!

HABLADO

CAB. 1.º Pero el Duque, ¿dónde se halla?
Es preciso dar con él:
Vamos á buscarle.
CAB. 2.º Vamos.
¿No venís, señor Marqués?
MONT. No, me quedo aquí.
CAB. 1.º Está visto:
no puede tenerse en pie.
(Sale el Coro por la segunda puerta de la derecha, mientras la música repite los últimos compases de la jácara.)

ESCENA IV

EL CONDE DE ÚBEDA y EL MARQUÉS DE MONTILLA

UBEDA. (Ap.) Mi objeto se halla logrado,
pues con él á solas quedo.
MONT. ¡Envidiosos! (Ap.) ¡Uf!... No puedo
andar; estoy mareado.
(Se deja caer en un sillón.)
(A Ubeda.) ¿Veis lo que osaron decir?
UBEDA. ¡Dejadlos! ¿Quién va á creer
que, hombre de tanto valer
como vos, se va á rendir?
Será hastío, mal humor,
todo, menos que ha cedido
un galán tan aguerrido
y tan fuerte.
MONT. (Con fingida modestia.) ¡Por favor!...
UBEDA. Digo la verdad, Marqués.
MONT. ¡Yo...! (Con vanidad mal encubierta.)
UBEDA. ¿Negaréis que en amores
sois de los conquistadores
más temibles?

MONT. (Con vanidad.) Mala no es
mi suerte, tenéis razón.
UBEDA. Sólo igualarse podría
la del Duque de Gandía
con la vuestra.
MONT. Los de él son
triunfos á que pocos llegan.
UBEDA. ¿Ni vos?
MONT. A seguirle aspiro;
y sus éxitos, que admiro,
ni me enojan, ni me ciegan.
Joven, altivo, opulento;
dueño de inmensa fortuna;
poderoso por su cuna;
grande por su valimiento;
con los nobles gran señor;
con las hembras generoso;
con los humildes piadoso;
con los bravos reñidor;
tal es, y necios afanes
tiene quien vencerle ansía,
que es el Duque de Gandía
el galán de los galanes;
y no hay en riña apurada
ó en lance comprometido,
corazón más atrevido,
ni espada mejor templada.
UBEDA. (Con despecho mal reprimido y procurando dominarse.)
¡Bravo!... Para el Duque fuera
grato oir cual le elogiáis.
MONT. ¿Vos en contrario opináis?
UBEDA. ¿Yo? .. De ninguna manera.
Soy de vuestro parecer.
MONT. Y creo que todos son
de nuestra misma opinión.
UBEDA. Todos... menos su mujer.
MONT. ¡Leonor!...
UBEDA. Su desventura
llora en forzoso aislamiento,
y...
MONT. (Interrumpiéndole.) A pesar de su tormento,

ama al Duque con locura;
y haber esto conseguido,
siendo á su esposa traidor,
es la más grande y mejor
victoria para un marido.

UBEDA. ¿Lo creéis así? (Con ironía.)

MONT. ¡Demonio!
No encuentro ventura igual,
porque este es el ideal
sublime del matrimonio.
Si el diablo me asegurara
que tal me iba á suceder,
y aun burlada, mi mujer
me querría, me casara.

UBEDA. ¿No lo haréis?

MONT. Por precaución.
Si caso y cual vivo, vivo,
y... ¡cuerno! Este sustantivo
completa mi reflexión.

UBEDA. Verdad; Gandía es dichoso;
¡muy dichoso! Y como tiene
suerte, nada le detiene
en su paso victorioso.
Por tal razón no me admira
que adore...
(Se detiene como aparentando turbación.)

MONT. (Con curiosidad.) ¡Seguid!

UBEDA. (Aparte.) El cebo
puse ya. (Alto.) No, no me atrevo.
Además será mentira.

MONT. ¿Historia de amor? (Con creciente interés.)
(Ubeda hace un ademán afirmativo.)
¡Mi encanto!
¿El lance es serio?

UBEDA. ¡Temible!
Mas ni es cierto, ni posible
que Borja se atreva á tanto.

MONT. Pero...

UBEDA. Yo me negué á oir
á quien el hecho contó.

MONT. ¿Y no puedo saber yo?...

UBEDA. A nadie lo he de decir.

MONT. ¿Ni á mí, que soy vuestro amigo?
UBEDA. Tampoco.
MONT. ¿No?
UBEDA. Contestando
á lo que vais preguntando,
todo lo que puedo os digo.
(Cuiden los actores de marcar bien la situación en que les coloca el diálogo. Curiosidad y afán de saber por parte de Montilla; misterio fingido, y deseo de excitar la curiosidad de Montilla, aparentando lo contrario, por la de Ubeda. Luego de oir las últimas palabras de Ubeda, Montilla se detiene como reflexionando.)
MONT. ¡A que acierto? (Con tono de suficiencia.)
(Después de una pausa.) ¡Una conquista
deliciosa! ¿No es verdad?
(Ademán afirmativo de Ubeda.)
¿La dama es de calidad?
UBEDA. ¡Oh! (Aparentando confusión.)
MONT. Permitidme que insista.
¿Hermosa?
UBEDA. Como una perla.
MONT. ¿Casada?
(Ademán afirmativo de Ubeda.)
¡Pobre marido!
UBEDA. ¡Pobre, del que ose atrevido
á su mujer!
MONT. ¿El quererla
es expuesto?
UBEDA. Es peligroso,
porque hace igualar la fama
la hermosura de la dama,
con el poder del esposo.
MONT. ¿Su estirpe á la nuestra igual?
UBEDA. O mejor, señor Marqués.
MONT. Mejor que la nuestra, es
una sola... la real.
(Ubeda aparenta gran turbación, y hace ademán de interrumpir á Montilla.)
¿Sigo?
UBEDA. ¡Lengua despiadada!
MONT. Y en esa estirpe, á mi ver,

sólo existe una mujer
que pueda ser adorada.

UBEDA. ¡Callad! (En tono de súplica.)

MONT. ¡Esa turbación...!
¿Será...?

UBEDA. ¡Callad, desgraciado!

MONT. Es inútil. He acertado.
¡Tengo una penetración!... (Breve pausa.)

UBEDA. Demos á este punto fin;
ni el sitio ni la ocasión
para hablar de él, propios son;
volvámonos al jardín
del festín á disfrutar.

MONT. ¡El festín! ¡Nombre divino!
¡El baile!... ¡el amor!...

UBEDA. (Aparte.) Y el vino
que bebas, que te hará hablar.
(Montilla y Ubeda se dirigen á la segunda puerta de la derecha. Ubeda deja pasar primero á Montilla.)
(Ap.) Para hacer lo que yo quiera,
este hombre no tiene precio.
Sobre los labios de un necio,
la calumnia anda ligera.
(Salen por la segunda puerta de la derecha Ubeda y Montilla.)

ESCENA V

EL DUQUE DE GANDÍA, sale por la primera de la izquierda.

MÚSICA

En vano busca mi anhelo
lenitivo á mi pesar;
en vano en torpes deleites
quiero su imagen ahogar.
Cuanto más quiero olvidarla,
cuanto más trato de huir,
más invencible se ostenta,
más cerca se halla de mí.

¡Aciago y triste el día
en que ante mí surgió,
hermosa como el cielo,
bañado por el sol!
Un crimen es amarla;
mas, ¿qué puedo hacer yo,
si mi alma entera vive,
del sueño de su amor?
Ella es toda mi vida;
ella es todo mi sér,
mi afán, mi Dios, mi gloria,
mi porvenir, mi fe.

(El Duque se sienta en un taburete, que está delante de la mesa de la izquierda, apoya los codos en ésta y oculta el rostro entre las manos. Aparecen por la segunda puerta de la derecha Montilla, Ubeda y Convidados.)

ESCENA VI

EL DUQUE DE GANDÍA, EL MARQUÉS DE MONTILLA, EL CONDE DE ÚBEDA y CONVIDADOS

MONT. (Desde la puerta.)
Aquí está. ¡Silencio!
Miradle.
CORO. (Idem.) ¿Qué hará
solo, entre las manos
oculta la faz?
UBEDA. (Aparte.)
Si ella acude, todo
mi plan se cumplió.
MONT. (Al Coro.)
¡Hay que sorprenderle;
despacio, chitón!
CORO. ¡Hay que sorprenderle;
despacio, chitón!

(Montilla, Ubeda y los Convidados se acercan al Duque, andando de puntillas. Montilla pone la mano en el hombro al Duque.)

MONT. ¡Duque!
DUQUE. (Levanta la cabeza.) ¿Quién? (Sorprendido.)

MONT. Nosotros.
DUQUE. ¡Vosotros! (Sin darse cuenta de lo que dice.)
MONT. Sí tal.
CORO. No nos reconoce.
¡Já, já, já, já!
UBEDA. ¿Acaso indiscreta
nuestra broma fué?
DUQUE. (Aparte.)
¡Qué angustia! (Alto.) Indiscreta,
señores, ¿por qué?
UBEDA. ¿Estáis triste, señor Duque?
¿Os aflige algún dolor?
MONT. Son desdenes de una ingrata;
son tristezas del amor.
DUQUE. ¿El amor? De sus traiciones
me burlo yo.
(Se levanta, coge una copa y la llena de vino.)
UBEDA. (Al Coro.)
Quiere engañarnos;
vano es su afán.
DUQUE. ¡Llenad las copas,
quiero brindar!
CORO. ¡Llenad las copas,
hay que brindar!
(Todos llenan las copas y las levantan en alto.)
DUQUE. Un necio es quien presuma
que existen más placeres
que el juego y las pendencias,
el vino y las mujeres.
Pasemos, pues, la vida,
en ciega confusión,
con la cabeza loca
y el alma sin amor.
Brindemos porque el día
nos venga á sorprender,
en medio de la orgía
y en brazos del placer.
UBEDA. No hay vino sin aroma,
ni amor sin esperanza;
que amor desatendido,
espera en la venganza.
Brindemos, y que el día

nos venga á sorprender,
en medio de la orgía
y en brazos del placer.

CORO. Brindemos, y que el día
nos venga á sorprender,
en medio de la orgía
y en brazos del placer.

(El Duque se dirige á la puerta del fondo y la abre de par en par.)

DUQUE. Entremos, y que el día
nos venga á sorprender,
en medio de la orgía
y en brazos del placer.

CORO. Entremos, etc.

(Entran por el fondo el Duque, Montilla y Convidados. La puerta se cierra tras ellos. Ubeda queda en escena.)

ESCENA VII

EL CONDE DE UBEDA; á poco GARCES

HABLADO

UBEDA. ¡Cuánto lograr me interesa
su desdicha y su dolor!
¡Como ella acuda...!

(Entra Garcés por la primera puerta de la derecha.)

GARCES. (Dirigiéndose á Ubeda.) ¡Señor!

UBEDA. ¡Tú!... ¿Qué ocurre?

GARCES. La Duquesa.

UBEDA. ¡Llegó al fin!

GARCES. Y entrar intenta.

UBEDA. Que entre y que nadie se oponga
á cuanto ordene y disponga;
lo demás, es de mi cuenta.

(Sale Garcés por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA VIII

EL CONDE DE UBEDA; al final LA DUQUESA DE GANDIA y GARCES

UBEDA. ¡Por fin logro mi deseo!...
¡Tantos años esperando!...
Aún creo que estoy soñando
cuando en mi poder los veo.
Y es que siempre han de temblar
en el punto de vencer,
amor que va á poseer,
y odio que se va á vengar.
¡Fuera mi necio temor,
que fundamento no tiene!...
(Ubeda se dirige hacia la primera puerta de la derecha, y mira por ella.)
La dama con Garcés viene...
Ya no hay duda, es Leonor.
¡Al fin la tengo á mis pies!
¿Qué me detiene? ¿qué espero?...
¡A una humillación primero,
y á mi venganza después!...
(Sale Ubeda por la puerta de la izquierda, y entran por la primera de la derecha Garcés y Leonor. Esta con el rostro cubierto por un antifaz.)

ESCENA IX

LEONOR y GARCES

LEONOR. Basta de necias excusas,
que ni oir ni atender quiero.
GARCES. ¡Señora!...
LEONOR. No me interesa
que el portador de aquel pliego
fuese un extraño, ó tú mismo;
ni averiguar el objeto
que á quien lo escribió guiaba
necesito, ni pretendo.
¿No era fingido el aviso?

Lo que contaba, ¿era cierto?
Sólo eso saber quería,
y aquí estoy para saberlo.
Allá tú con tus traiciones,
si eres traidor á tus dueños;
si eres ruin, con tus ruindades,
y si fiel, con tu respeto.
Ahora, responde.

GARCES. ¡Señora!...

LEONOR. ¿Dónde está mi esposo?

GARCES. (Señalando la puerta del fondo.) Ahí dentro.
(Procúrese que de tiempo en tiempo se escuchen detrás de la puerta rumores y voces de orgía.)

LEONOR. ¡No me han mentido! (Con amargura y cólera.)

GARCES. ¡Yo...!

LEONOR. ¡Calla!
Mejor que puedes hacerlo
con tus frases, me responden
la algazara y el estruendo
que salen de allí, mezclándose
á los impuros acentos
de mujeres que caricias,
fe y honor ponen á precio. (Con desdén.)
(Con angustia.)
¡Y esto en su casa, que es mía!
(Con cólera.)
¿Y aún vacilo? ¿y aún me arredro?
¡No! (Con decisión.)
(A Garcés.) Garcés, sin que tu labio,
ni tu ademán, ni tu gesto
puedan prevenir al Duque
de que soy yo quien le espero,
ve á decirle que una dama
que trae el rostro cubierto,
quiere hablarle.

GARCES. (Dirigiéndose á la izquierda.)
Voy, señora.

LEONOR. Ten cuenta con el secreto,
y no olvides que pudiera
costarte caro romperlo.

GARCES. No temáis. Pero si el Duque...

LEONOR. ¡Ve á buscarle! (Con imperio.)

GARCES. Os obedezco.
(Sale por la izquierda.)

ESCENA X

LEONOR

¿Pero es posible que ese hombre
ultraje á quien le entregó
su porvenir, y le dió
su vida al tomar su nombre!...
¡Posible! Es cierto... Sería
una insensatez dudar.
Me basta con escuchar
los rumores de esa orgía
que de este salón la calma
turban con locos sonidos,
y se entran por mis oídos
para desgarrarme el alma. (Pausa.)
¡Y es él quien así me vende,
quien me deja escarnecida;
quien sin reparo me olvida,
y sin compasión me ofende!...
¡El, de quien hice al amarle
y mi vida concederle,
un dueño para quererle,
y un Dios para respetarle!
¡El, quien sin amor me mira;
por quien sin ventura clamo;
quien me desprecia!... ¿Y aún le amo?...
¡No le amo! ¡Es falso! ¡Es mentira!...
No soy la mujer celosa
que amor viene á mendigar.
¡Yo vengo aquí, á reclamar
por mis derechos de esposa!... (Pausa breve.)
Y entonces, ¿á qué este afán
vergonzoso; estos recelos?...
No es el honor; son los celos
los que obligándome están.
No alientan mi decisión
los mandatos del decoro...

¡Vengo aquí, porque le adoro
con todo mi corazón!... (Breve pausa.)
No importa. Afrentarle ansío.
¿Lo haré?... ¡Quién sabe!... ¡Es tan ciega
la pasión!...
(Como si pusiera atención, y dirigiéndose á la izquierda.)
Alguno llega.
(Mira por la segunda puerta de la izquierda.)
¡El! ¡Dadme fuerzas, Dios mío!
(Leonor se cubre el rostro con el antifaz, y se retira á un extremo de la sala; el Duque de Gandía entra por la puerta de la izquierda.)

ESCENA XI

LEONOR y EL DUQRE DE GANDÍA; al final EL MARQUES DE MONTILLA y CORO dentro.

MÚSICA

DUQUE. (Aparte.)
Noble y gentil aspecto.
¿Quién ella podrá ser?
LEONOR. (Aparte.)
Gozar quiero en su asombro
cuando me llegue á ver.
(El Duque se acerca á Leonor con curiosidad y galantería.)
DUQUE. Vinisteis á buscarme,
y aquí señora estoy.
Decid vuestro deseo;
mandad, que vuestro soy.
¿Puedo saber la causa
que os trae á este lugar?...
¿Calláis? ¿Teméis decirla?
(Ademán negativo de Leonor.)
¿Por qué entonces no hablar?
Dejadme hermosa dama
vuestro semblante ver;

que el antifaz no robe
á mi alma ese placer.
Vea yo vuestro rostro;
oiga yo vuestra voz.
(Trata de coger la mano de Leonor. Esta se retira.)
No os retiréis esquiva
de quien se rinde á vos.

LEONOR. (Ap.) ¡Infame!

DUQUE. Sed piadosa;
dad término á mi afán:
mi voluntad entera,
á vuestros pies está.

LEONOR. (Ap.) Delante de mis ojos
es á su fe traidor:
yo vengaré mi agravio;
su ultraje, y mi dolor.

DUQUE. Y si venís buscando
venturas y placer,
decidlo, y de esta casa
cual dueña disponed.
(Cogiendo entre sus manos la de Leonor, que no la retira.)
Venid, venid conmigo;
dad al misterio fin:
venid, y seréis gloria,
y reina del festín.

LEONOR. ¡Oh, basta! (Se arranca el antifaz.)
Vamos, Duque.

DUQUE. ¡Qué miro!... ¡Leonor!...

LEONOR. La orgía nos espera.
Vamos; guiad, señor.

DUQUE. ¿Qué hacéis en este sitio?
¿Qué pretendéis en él?

LEONOR. Vengarme de una infamia;
dar castigo á un infiel.
Mi amor fué vuestro;
vuestra mi vida;
sólo en quereros
puse mi afán,
y ahora contemplo
que mi esperanza
y mi ventura,

rotas están.
Pero si pierdo
por vuestra causa,
mi luz, mi dicha,
mi amor, mi fe,
no he de perderlos,
sin que á la audacia
de vuestro crimen,
castigo dé.

DUQUE. ¡Vos! Reportáos;
mirad, Duquesa,
que no es tal hecho
digno de vos.

LEONOR. Esta es mi casa,
y arrojar quiero
de ella, al que en ella
manche mi honor.

(Hace ademán de dirigirse al fondo; el Duque se interpone.)

DUQUE. No.

LEONOR. (Avanzando.) ¡Dejadme!

DUQUE. (Corriendo la llave de la puerta.)
¡Imposible!

LEONOR. No me impidáis pasar.
Vos no tenéis derecho
aquí para mandar.
Quien desprecia; quien ultraja;
á quien nunca le ofendió;
quien olvida sus deberes,
es esclavo, y no es señor.
Quien su fama pisotea,
al perder su dignidad,
¿qué derecho tener puede,
para hacerse respetar?

DUQUE. Quien se casa con un hombre,
que jamás la tuvo amor;
y lo sabe, y á él se enlaza,
cúlpese de su dolor.
Quien altiva y orgullosa
mi amor no supo lograr,
ni á mi amor tiene derecho,
ni lo puede reclamar.

LEONOR. Cededme el paso.
DUQUE. Nunca lo haré.
LEONOR. ¡Pronto! Dejadme.
DUQUE. No pasaréis.
LEONOR. Dejadme; quiero
de aquí arrojar
á quien ofende
mi dignidad.
Ha de cumplirse
mi voluntad.
Cededme el paso.
¡Atrás! ¡Atrás!
DUQUE. ¡Nunca! Detente;
quiero evitar
que aquí se ultraje
tu dignidad.
Detén el paso.
¡Atrás! ¡Atrás!

(El Duque sujeta por el brazo á Leonor. Esta trata de desasirse de él.)

DUQUE. ¡No pasaréis!

(Se escuchan en el fondo voces y ruido de gente que golpea la puerta.)

¿Qué escucho?
CORO. (Dentro.)
¡Abridnos, Borja! ¡abrid!
LEONOR. ¡Vienen! (Con alegría y cólera.)
DUQUE. ¡Señora, el rostro,
por caridad, cubrid!
CORO. (Dentro.) ¡Abridnos!... (Golpeando la puerta.)
DUQUE. (A Leonor.) Es preciso
que salgáis.
LEONOR. (Con decisión.) ¡No lo haré!

(Se abre con violencia la puerta del fondo, y aparecen en ella Ubeda, Montilla y Coro General de Convidados, en actitud de gente ebria, y algunos con copas en la mano. Al verlos, Leonor retrocede á un extremo de la habitación, y vuelve la cabeza como avergonzada. El Duque se coloca al lado de Leonor.)

MONT. ¡Por fin cedió!
DUQUE. Ya es tarde.
LEONOR. ¡Qué vergüenza!

DUQUE. ¿Lo veis?
Cubríos, y que nadie
os pueda conocer.

(La Duquesa se cubre el rostro con el antifaz; los Convidados, con Montilla y Ubeda á la cabeza, se dirigen al grupo que forman Leonor y el Duque.)

ESCENA XII

LEONOR, EL DUQUE DE GANDIA, EL CONDE DE UBEDA, EL MARQUES DE MONTILLA y EL CORO GENERAL DE CONVIDADOS

MONT. (Al Coro.)
Con una incógnita
dama encubierta,
Gandía está.
En dulce plática
de amor sin duda,
pruebas se dan.
(Al Duque.)
No sed tiránico
con esa hermosa;
que venga allí.
Y con su mágica
belleza, preste
brillo al festín.
CORO. Con una incógnita
dama encubierta, etc.
UBEDA. Son míos.
LEONOR. ¡Qué ignominia!
DUQUE. ¿Qué hacer?
LEONOR. (Aparte.) ¡Valor!
MONT. Venid conmigo, hermosa.
UBEDA. Que sufra como yo.
CORO. ¿Por qué se oculta el rostro?
¿por qué callada está?
¡Que se descubra! ¡Que hable!
(A Montilla.)
Quitadle el antifaz.

(Montilla se dirige hacia Leonor; el Duque se coloca delante de ella como defendiéndola.)

DUQUE. Tema mi cólera
quien trate audaz,
acercándose á esta dama,
de arrancarle el antifaz.

UBEDA. (A Montilla.)
Raro es que el Duque
se muestre así.
¿Será ella acaso...?

MONT. ¡La Emperatriz!

(Con ademán de asombro, y como si diera crédito al dicho de Ubeda.)

LEONOR. (Al Duque.)
Sacadme de esta casa,
que me avergüenzo ya,
de estar donde esta gente
con vos, Gandía, está.

CORO. ¿Por qué se oculta el rostro?
¿por qué callada está?
¡Que se descubra! ¡que hable!
¡Quitadle el antifaz!

(Montilla detiene al Coro con un ademán, y se dirige hacia Leonor, delante de la cual se inclina respetuosamente.)

MONT. (A Leonor.)
Podéis estar tranquila,
recelo, no abriguéis;
tratándoos *cual reina,*
cumplimos un deber.

LEONOR. ¿Qué dice? ¿qué habla este hombre?

(Montilla se acerca al Duque, y dice como si le hablara al oído.)

MONT. Ventura inmensa,
dicha completa,
feliz galán
es el que inspira
una profunda
pasión real.

(El Duque, al oir las palabras de Montilla, retrocede como sorprendido.)

DUQUE. ¿Qué has dicho, miserable?

(El Duque avanza furioso hacia Montilla. Este retrocede y se oculta entre un grupo de Caballeros. Ube-

da y otro grupo de Caballeros tratan de contener al Duque. Leonor se adelanta y se arranca el antifaz.)

LEONOR. ¡Atrás, Gandía, atrás!...
(A todos.)
Soy la esposa del Duque,
la dueña de este hogar.

CORO. ¡Su esposa! ¡Vaya un lance!
¡Escena singular!
¡Qué asombro! ¡Qué sorpresa!
¿Quién lo iba á imaginar?

DUQUE. (A Montilla.) El nombre que tu labio
infame profanó,
debe ser respetado
como el nombre de Dios.
Quien osa á lo que osaste,
piedad no ha de obtener.
Vas á morir, villano;
profanador cruel.
(Tratando de desasirse de los que le sujetan.)

MONT. No cede en su locura,
no aplaca su furor
sus ojos centellean
de rabia y de rencor.
Si sale de las manos
donde sujeto está,
me mata como á un perro;
me mata sin piedad.

LEONOR. A otra mujer adora
y ultraja á su ofensor,
mientras sin duelo, mira
mi afrenta y mi dolor.
Ha muerto mi esperanza;
mi amor ha dado fin;
la dicha y la ventura,
no existen para mí.

UBEDA. En tanto que devora
su afrenta y su dolor,
él vende, y él publica
su criminal amor.
Comienza mi venganza;
mi afán se cumple al fin;
mi objeto está logrado;

vengarme conseguí.

CORO. ¡Su esposa! Vaya un lance... etc.

(Leonor ocupa el centro de la escena, y se encara con todos.)

LEONOR. Salid de aquí, villanos;
salid de esta mansión.
Lo ordeno yo y lo mando.
La dueña aquí, soy yo.

CORO. Salir es lo prudente;
salir es lo mejor;
ni cede ella en su empeño,
ni él cede en su furor.

(El Coro comienza á retirarse hacia el fondo, excepción hecha de los Caballeros que sujetan á Montilla y al Duque. Montilla estará acobardado, y sin saber qué hacer.)

DUQUE. Quien osa á lo que osaste... etc.

MONT. Si sale de las manos... etc.

UBEDA. Comienza mi venganza... etc.

LEONOR. Salid de aquí, villanos... etc.

CORO. ¡Su esposa!... Vaya un lance... etc.

(La situación de los actores, será la siguiente: El Coro, en el fondo en actitud de salir. El Duque, tratando de sustraerse á los que le sujetan, y amenazando á Montilla. Este, cubriéndose con los Caballeros que le rodean, y queriendo ocultarse detras de un sillón. Leonor, en el centro de la escena, señalando á todos la puerta del fondo. Ubeda, estará entre los que detienen al Duque.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

El teatro representa la cámara de recepciones de la Emperatriz en el Alcázar de Toledo. El decorado será lujoso y acomodado al gusto de la época, así como los muebles y tapices que adornen la sala. En primer término, á la derecha, un sillón y una mesa, aforrados en terciopelo, y con las armas de Austria bordadas en ellos. Una puerta en el fondo y otra en el lateral derecho. A la izquierda, en primer término, un balcón practicable; en segundo, una puerta. Al levantarse el telón, aparecen en escena Damas y Caballeros en traje de corte, reunidos en grupos y hablando entre ellos. La puerta del fondo será de dos hojas, y estará abierta de par en par.

ESCENA PRIMERA

CORO GENERAL DE CORTESANOS; luego EL MARQUES DE MONTILLA, al final LEONOR

MÚSICA

UNOS. No haya duda: ya la cosa es clara.
¡Quién creyese, quién imaginara,
que tal hecho iba á ocurrir,
que Gandía se prendara
de la Emperatriz!
OTROS. Pues se sabe toda la aventura,
y ya es cosa dada por segura,

y la voz de ello corrió,
y en voz baja se murmura
todo lo que allí pasó.

UNOS. ¿Y la reina?
OTROS. Dicen que también le adora,
y que, en el silencio, su pasión devora.
TODOS. Pero bajemos la voz,
que es muy peligroso ahora
el hablar de esta cuestión.

(Entra Montilla por el fondo, y al ver á los Cortesanos se dirige hacia ellos.)

MONT. ¡Señores!...
CORO. ¡Montilla!
El lo debe de saber.
Que lo cuente.
MONT. ¿Qué, señores?
CORO. Lo de anoche; ¿qué ha de ser?
Contadnos el suceso;
contadnos cómo fué.
A nadie lo diremos.
Hablad, señor Marqués.
MONT. ¡Contarlo! (Ap.) De seguida
el lance cuento yo,
para que luego el Duque
me rompa el esternón.
(Alto.) Nada sé.
CORO. ¿Estáis seguro?
Pues ya dan en creer,
que al ver furioso al Duque,
echásteis á correr.
MONT. Es falso. Yo á su encuentro
con valor me dirigí.
CORO. ¡Vos, señor Marqués!...
MONT. ¡Yo mismo!
CORO. ¿Vos mismo?
MONT. ¡Yo mismo, sí!
CORO. Hay quien afirma
que acobardado,
os ocultásteis
bajo un sillón,
y que rogábais,
y que temblábais.

MONT. ¿Quién? ¡yo!...
CORO. Vos mismo.
MONT. ¿Yo mismo?
CORO. Vos.
MONT. Eso no es cierto.
CORO. Sólo al nombráros
el triste lance
que allí pasó,
estáis nervioso,
y estáis temblando.
MONT. ¿Quién? ¡yo!...
CORO. Vos mismo.
MONT. ¿Yo mismo?
CORO. Vos.
Creemos veros como una liebre
que huye los tiros del cazador,
buscando sitio, para ocultaros,
entre las patas de aquel sillón.
Era chistosa
la posición.
MONT. Es horrorosa
mi situación.
CORO. Qué posición.
MONT. Qué situación.
TODOS. Ya saben todos
lo del sillón.

(El Coro se retira lentamente hacia el fondo, repitiendo la última frase. Montilla queda en primer término como avergonzado. Entra Leonor por la izquierda, y al ver á Montilla, se dirige hacia él. Este levanta la cabeza; ve á Leonor, y hace un ademán de disgusto.)

ESCENA II

LEONOR y EL MARQUES DE MONTILLA; al final
EL CONDE DE UBEDA

HABLADO

MONT. (Aparte.)
¡Leonor!... ¡No hay duda que
mis males se han de colmar
hoy!... ¡Si pudiese escapar!...
(Como tratando de encontrar por dónde irse, sin ser visto de Leonor.)
(Leonor, que ha visto á Montilla, se dirige hacia él.)
LEONOR. ¡Marqués!...
MONT. ¿Por dónde me iré?
LEONOR. ¡Oid!
MONT. (Turbado.) Me esperan, Duquesa,
y yo... (Tratando de excusarse.)
LEONOR. Necesito hablaros.
MONT. ¿A mí? (Aparentando sorpresa.)
LEONOR. Para preguntaros
algo que á mi honra interesa,
y cumple á vuestra hidalguía.
MONT. Decid. (Ap.) Nada; no me escapo.
Me va á poner como un trapo,
la Duquesa de Gandía.
LEONOR. Anoche, en la horrible escena
que la infamia provocó
en mi quinta, cuando yo,
loca de angustia y de pena,
y con el rostro cubierto
me ocultaba, y vos me vísteis,
al mirarme, supusísteis
que era otra mujer. ¿No es cierto?
MONT. Excusad mi turbación;
mi audacia... Yo no pensaba..
LEONOR. Y debe ser, la que daba
margen á tal confusión
una dama de alta prez,

pues logró un triunfo completo.
MONT. ¿Cuál?
LEONOR. Convertir en respeto
vuestra insultante embriaguez.
MONT. ¡Duquesa!... (Confuso.)
LEONOR. Humilde la hablásteis,
y un nombre, el suyo, al oído
dijísteis de mi marido.
MONT. ¿Yo?...(Tratando de negar.)
LEONOR. ¿Qué nombre pronunciásteis?
MONT. Pero...
LEONOR. Eso quiero saber.
MONT. (Aparte.)
¡Pues la respuesta es sencilla!
LEONOR. Señor Marqués de Montilla,
el nombre de esa mujer.
(Ademán de interrupción y negativa en Montilla.)
¿Negáis? (Con cólera).
MONT. No; si no es que niego;
es que estáis en un error.
(Con tono vacilante, y como si no acertara con lo que dice.)
Vencido por el licor,
desatalentado... ciego...
avancé, para arrancar
la máscara que os cubría...
pero ante la... villanía,
que iba con vos á intentar...
mi embriaguez se disipó...
respetuoso os hablé...
con el Duque me excusé...
y... ahí tenéis lo que pasó.
LEONOR. ¿Conque mi juicio se inspira
en un error? (Con ironía.)
MONT. De seguro.
LEONOR. ¿Me equivocaba?
MONT. Os lo juro.
LEONOR. (Con energía.)
Pues juráis una mentira.
MONT. ¡Señora!...
LEONOR. ¡Mentira, sí!
MONT. ¡Yo mentir! (Ap.) ¡Estoy sudando!

LEONOR. ¡Vos, Marqués, que estáis negando
lo que con mis ojos ví!...
¡Vos, que si al Duque llegárais,
y sólo excusas le diérais,
ni su despecho encendiérais,
ni su furia provocárais!
Furia cuya explicación
se encuentra en que habéis osado
á una mujer que ha logrado
reinar en su corazón.
¡Con qué orgullo la amparaba!...
¡Parece que no sabía,
ni el ultraje que me hacía,
ni el dolor que me causaba!...
¡Y aún, de vuestro honor en mengua,
negáis! (Con desprecio.) ¡Cuánta indignidad!

MONT. (Ap.) Y si digo la verdad,
me arranca el otro la lengua.
(Alto.) Yo... no ha sido mi intención
ofenderos... Perdonadme...
Digo la verdad.

LEONOR. (Con desprecio.) ¡Dejadme!
(Se aparta de Montilla.)

MONT. (Ap.) ¡Pues señor, vaya un sofión!
Y váyase, que mi estrella
es bien dura y bien cruel:
malo, si topo con él;
malo, si encuentro con ella;
que en este caso azaroso,
ya no sé qué es peor cosa:
si la lengua de la esposa,
ó la espada del esposo.
¡Si ahora tuviese más suerte
para huir!... (Se dirige despacio hacia el fondo.)
(Entra Ubeda por la izquierda, y, al ver á Leonor, se detiene.)

LEONOR. (Con angustia.) ¿Será posible
esta espantosa y horrible
duda que me da la muerte?... (Llora.)

UBEDA. (Aparte. Por Leonor.)
¡Llora! (Se acerca á Leonor sin ser visto.)

LEONOR. ¡La verdad! ¡A mí

no han de decírmela, no! (Con desesperación.)
UBEDA. (Ap.) ¿Y si os la dijera yo?
LEONOR. ¿Quién?... ¿Vos, Ubeda? (Reconociéndole.)
UBEDA. Yo, sí.

(Mientras Ubeda se dirige á Leonor y habla con ella, Montilla ha conseguido ganar la puerta del fondo, no sin volver antes la cabeza para cerciorarse de que Leonor no le observa.)

MONT. (Ap.) La puerta logré ganar.
¡Qué mujer!... ¡qué desazón!
¡Dios me niegue su perdón,
si me vuelvo á emborrachar!
(Sale por el fondo.)

ESCENA III

LEONOR y EL CONDE DE UBEDA

UBEDA. ¿Os extraña que yo sea
quien me brinde á lo que ansía
vuestro afán? (Con ironía.)
LEONOR. (Con altivez.) Me extrañaría,
si lo que mi afán desea
fuese un bien; mas siendo agravios
lo que busco, siendo un mal
lo que espero, es natural
que lo traigan vuestros labios.
UBEDA. No siempre agravios dijeron
estos labios, Leonor;
también hablaron de amor,
y desatendidos fueron.
LEONOR. ¡Conde! (Con altivez.)
UBEDA. (Con sarcasmo.) ¿Acaso lo ignoráis?
LEONOR. Lo sé; por eso no extraño,
ni lo que hacéis en mi daño,
ni el odio que me mostráis.
UBEDA. ¡Que os odio!... (Con pasión.)
LEONOR. No lo neguéis.
¡Si vuestro odio es mi esperanza!
Por lograr vuestra venganza
contra mí, disiparéis

todas las dudas que abrigo.
UBEDA. ¡Duquesa!...
LEONOR. Nadie mejor,
para alumbrar el dolor,
que el odio de un enemigo.
UBEDA. Sí lo haré. Habéis destrozado
mi ventura, y mi odio espera
volveros algo siquiera
del mal que me habéis causado.
Por vos perdí mis mejores
dichas; por las vuestras vengo.
LEONOR. ¿Y no lo negáis?
UBEDA. No; tengo
el valor de mis rencores.
Ni los niego, ni os engaño.
Tal como soy me presento.
Me afrentásteis, y os afrento;
y os vuelvo daño por daño,
y aumento vuestro dolor,
y acreciento vuestra herida,
¡yo, que os daría la vida
por una frase de amor!...
LEONOR. No habléis de amor; ni yo quiero
inspirar tal interés,
ni he de escucharos, ni eso es
lo que oir de vos espero.
UBEDA. ¿Queréis que yo...? (En tono de amenaza.)
LEONOR. ¿A qué dudáis?
¿No vinísteis á eso aquí?...
¿Mi esposo me engaña...!
UBEDA. Sí.
LEONOR. ¿Con quién? (Con reprimido enojo.)
UBEDA. ¿No lo adivináis?
¿No vísteis por vuestros ojos
su liviandad, sus placeres?
LEONOR. Aquellas viles mujeres,
vendidas á los antojos
del Duque, no pueden ser
origen de mis recelos.
Ellas no me inspiran celos.
A esas siervas del placer,
á esos girones de orgía,

no les concede valor
en competencias de amor,
la Duquesa de Gandía.
No es eso: vos me dijísteis
que el Duque ciego adoraba
á...
(Se detiene como aterrada por lo que va á decir.)
¡Dios mío! (Con angustia.)
(Con ansiedad.) ¿Os engañaba
el rencor?

UBEDA. ¡No!

LEONOR. (Con angustia.) ¿No mentísteis?

UBEDA. La verdad dije.

LEONOR. (Con desesperación.) ¡Infeliz
de mí!...

UBEDA. (Con rencor, aparte.) ¡Herida por herida!

LEONOR. ¿Y esa mujer tan querida
es...? (Deteniéndose con espanto.)

UBEDA. ¡Ella!

LEONOR. ¡La Emperatriz!...
¿Pero eso es cierto?....

UBEDA. Señora,
¿tanta es vuestra ceguedad,
que no vísteis la verdad
de esa pasión hasta ahora?
¿Nunca os fijásteis en él?
¿No advertísteis que Gandía,
cuanto emprende, cuanto ansía,
lo hace por doña Isabel?
¿No sabéis que tras su huella
va siempre, y sólo es feliz
cuando ve á la Emperatriz
ó cuando encuentra con ella?
¿No veis que sufre, que lucha
y que por su amor delira?
¿No observáis cómo la mira?
¿No miráis cómo la escucha?...
Pues alma que da sostén
apasionados recelos,
ojos que alumbran los celos
y que tales cosas ven,
son ciegos si todavía

no saben por qué ha perdido
el amor de su marido
la Dupuesa de Gandía.
(Leonor oculta el rostro entre las manos. Breve pausa.)

LEONOR. ¡Por ella olvida su fama,
y me desprecia!... (A Ubeda.) ¿Verdad?
(Ubeda inclina la cabeza, sin responder.)
¡Calláis!... ¿Por qué?

UBEDA. (Con sarcarmo.) ¡Por piedad!

LEONOR. (Con fiereza.)
¡No la pido! Y ella... ¿le ama?

UBEDA. Si al Duque otorga favor,
tan bien procura esconderlo,
que sólo pueden saberlo
Dios, ella y su confesor;
pero aun no sabiendo nada,
vuestros celos os dirán
que siendo el Duque galán,
y estando ella abandonada,
no es raro que en su camino
existan puntos de unión,
y que enlace la pasión
lo que separó el destino.

LEONOR. ¡Pobre de mí! (Con desesperación.)

UBEDA. Vos también
sola y desvalida estáis;
y, perdido, contempláis
vuestro más seguro bien.
También os toca llorar
un incurable dolor;
y llorarlo sin amor,
porque no podéis amar
á quien os roba la calma,
á quien mancha vuestro nombre,
mientras yo...

LEONOR. (Con asombro.) ¡Qué dice este hombre!
(Con pasión.)
No; le amo con toda mi alma:
tanto, que tengo presente
su traición, que os he escuchado,
y digo de mí, he soñado:

y de vos, ¡este hombre miente!
UBEDA. ¿No me creéis?
LEONOR. Será extraño
que el odio á mentir se atreva.
UBEDA. No miento.
LEONOR. Dadme una prueba.
UBEDA. Tantas para vuestro daño
tengo, y para mi fortuna,
que me es fácil; á placer
entre todas, escoger,
y voy ofreceros una.
LEONOR. ¿En este momento?
UBEDA. ¡Sí!
La corte saliendo está
de la capilla, y vendrá
dentro de un instante aquí;
oid lo que se murmura;
ved lo que pueda ocurrir;
y si tras de ver y oir,
aún me tacha de impostura
vuestra insensata ceguera,
declaro que soy un necio,
que no es digno de desprecio
ni de lástima siquiera.
LEONOR. ¡Lo veremos! (Con energía.)
UBEDA. ¿No tembláis?
LEONOR. ¿Por qué?
UBEDA. Si yo, Leonor,
acierto, ¡ay de vuestro amor!
LEONOR. ¡Ay del suyo si acertáis!...
(Leonor sale por la izquierda.)

ESCENA IV

EL CONDE DE UBEDA; al final CORO GENERAL DE CORTESANOS

MÚSICA

UBEDA. Amor que en mí naciste
y mi alma acarició,

esa mujer ingrata
en odio te trocó.
En odio, que á ella alcanza,
y que á saciarse va
su llanto haciendo eterno
y eterno su pesar.
Tal mi afán es
aun cuando deba
morir después.
¡El y ella! yo he de verlos
sin dicha y sin amor,
perdida la esperanza,
herido el corazón.
Afrenta por afrenta,
ajeno á la piedad
su muerte pague mi odio,
su llanto mi pesar;
tal mi afán es,
aun cuando deba
morir despues.

(Entran por el fondo los Cortesanos, que se dividen en dos hileras. Ubeda se retira por la derecha, á tiempo que entran por el fondo la Emperatriz y Fray Juan. La Emperatriz toma asiento en el sillón. Fray Juan queda en pie á un lado. Los Cortesanos, cuando lo indique la situación, pasan por delante de la reina, inclinándose delante de ella.)

ESCENA V

LA EMPERATRIZ ISABEL, FRAY JUAN y CORO DE CORTESANOS

Coro. (Entrando.)
Acudamos con respeto
á la reina á saludar.
¡Dios otorgue sus mercedes
á su augusta majestad!

(Entran la Emperatriz y Fray Juan precedidos de cuatro Pajes, que quedan en la puerta del fondo.)

Que los cielos la concedan
la ventura y el favor.

Que su gloria y sus virtudes,
con sus dones premie Dios.

(La reina toma asiento, y los Cortesanos dan la vuelta por delante de ella.)

(Bajo.)

No hay duda de que ella está enamorada.
Vése su tormento claro en su mirada,
en su intensa palidez.
Mas prudencia, que conviene
en palacio mudos ser.

(Alto.)

Acudamos con respeto
á la reina á saludar.
¡Dios otorgue sus mercedes
á su augusta majestad!

(El Coro, luego de saludar á la Emperatriz, se retira por el fondo. También lo hacen los Pajes.

ESCENA VI

LA EMPERATRIZ ISABEL y FRAY JUAN

HABLADO

EMP. ¿De qué sirve el sacrificio
de una vida consagrada
al deber? ¿De qué me sirve
haber inmolado en aras
de mi conciencia de esposa,
ilusiones y esperanzas,
si el eco de una calumnia
que la injusticia propala,
hace que se desvanezcan,
entre burlas cortesanas,
respeto, virtud, decoro,
opinión, prestigio y fama? (Con desesperación.)

F. JUAN. ¿Y qué importa el sufrimiento?
¿Qué importa derramar lágrimas,
si al término del combate
está Dios para enjugarlas?

EMP. Ni el desengaño me aterra,

ni la angustia me acobarda.
¡Vos lo sabéis, padre mío;
sacerdote á cuyas plantas,
en horas de penitencia
de par en par abro mi alma!

F. JUAN. Porque lo sé, estoy seguro
de que triunfaréis.

EMP. No es tanta
mi fe... Mi valor se rinde;
mi fortaleza se acaba.

F. JUAN. ¿Vos retroceder?

EMP. Yo, padre.
¿Cómo queréis que no lo haga,
si tras las horribles luchas
que mi espíritu desgarran,
la injusticia me persigue,
y la compasión me falta?...

F. JUAN. ¡Señora!...

EMP. ¿No lo escuchásteis
como yo?... Anoche en la casa
del Duque, en su casa misma,
por más escarnio, rodaba
mi nombre mezclado al eco
de una sospecha insensata;
y hoy en la iglesia, en palacio,
en el umbral de mi cámara,
las mujeres, con sus risas;
los hombres, con sus miradas;
la corte, en fin, que el suceso
se repetía en voz baja,
á la calumnia asentía,
y de mi honra murmuraba.

F. JUAN. ¿Y eso os perturba, y os rinde,
y os detiene en la sagrada
obligación que os impone
vuestra existencia sin tacha?

EMP. ¡Fray Juan!...

F. JUAN. Hasta ahora vencísteis
siempre; de vencer se trata
hoy también.

EMP. ¿Cómo?

F. JUAN. Quitando

á la calumnia sus armas.
EMP. ¿Puedo hacer más? En mi pecho
mi amor escondido se halla,
como oculta en el del Duque
su pasión; pasión que trata
de vencer, hasta arrojando,
por mejor disimularla,
sombras de libertinaje
sobre su nombre y su fama.
¿Qué más hacer de lo que hago?
¿Ni qué más pedirle que haga?
Vos, que conocéis al Duque;
que habéis educado su alma
de niño, sabéis que es noble,
que con su amor no me agravia,
que sufre, como yo sufro,
y como yo callo, calla;
y sabéis que yo muriera
antes que su amor dejara
en mi recuerdo una culpa,
y en mi conciencia una mancha.
F. JUAN. Lo sé; y sabiéndolo, os digo
y os repito: eso no basta;
porque la calumnia es diestra;
en una duda hay sobrada
razón para sus ataques;
y esa duda hay que evitarla.
EMP. ¿Cómo?
F. JUAN. Ensanchando el abismo
que de Gandía os separa.
Sed con él severa, injusta,
cruel.
EMP. ¡Impiedad tamaña
con quien nunca me ha ofendido!
F. JUAN. Vuestro deber la reclama.
EMP. Pues reclama un imposible.
F. JUAN. Con imposibles batalla
la virtud. Es necesario.
Para las almas cristianas,
no hay dolor que no se venza,
si de la virtud se trata.
No dudéis; del sacrificio

más duro, broto una santa
alegría.

EMP. ¿Cuál?... Ninguna.

F. JUAN. La más grande; la que embarga
al mártir cuando sonríe
en la cruz, donde le clavan,
porque tiene á Dios al lado,
y al cielo por esperanza.
¿Qué vale ante eso el tormento
de una vida entera?

(La Emperatriz permanece algunos momentos con la frente hundida entre las manos; después levanta la cabeza.)

EMP. (Con valor y resignación.) ¡Gracias!...
Vuestro consejo, el camino
que debo seguir, me traza.
Lo seguiré, aunque la muerte,
el seguirlo, me costara.

(Entra un Hujier por el fondo.)

ESCENA VII

LA EMPERATRIZ ISABEL, FRAY JUAN y el HUJIER; al final EL DUQUE DE GANDIA

HUJIER. ¡Señora! (Desde el fondo.)

EMP. ¿Qué?

HUJIER. El señor Duque
de Gandía, en la antecámara
aguarda vuestra licencia
para entrar.

EMP. (Con angustia.) ¡El!...

F. JUAN. (Acercándose á la Emperatriz. Bajo.)
¡Señora!...

EMP. (A Fray Juan. Bajo.) Nada.
temáis. (Al hujier.)
Que entre.

(Sale el hujier por el fondo.)

(A Fray Juan.) Por vos mismo
vais á juzgar de lo que haga.

(Entra el Duque de Gandía por el fondo, donde se detiene, inclinándose respetuosamente.)

ESCENA VIII

LA EMPERATRIZ ISABEL, EL DUQUE DE GANDIA y FRAY JUAN

EMP. (Ap.) ¡Dios mío! (Alto.) Llegáis muy tarde.
á palacio esta mañana.
DUQUE. ¡Señora!...
EMP. Y me causaría
sorpresa vuestra tardanza,
de no haber supuesto que era
natural que quebrantara
su deber de cortesano
quien todo deber quebranta.
DUQUE. (Ap.) ¿Por qué habla así? (Con sorpresa.)
F. JUAN. (Aparte.) ¡Pobre mártir!
DUQUE. ¿Decís que yo...? (A la Emperatriz.)
EMP. Digo que anda
vuestro nombre confundido
á vergonzosas hazañas,
y os advierto, porque de algo
esta mi advertencia os valga,
que, mientras don Carlos rija
los asuntos de Alemania,
y yo, por ausencia suya,
regente el trono de España,
no he de consentir que nadie
olvide su más sagrada
obligación, el respeto
que debe á su soberana.
DUQUE. ¡Que no os respeto decís!...
¡Yo!... (Con desesperación y sorpresa.)
EMP. Poca avenencia guarda
con el respeto, quien sigue
una conducta insensata,
y el rumor de sus escándalos
hasta el pie de mi trono alza.
DUQUE. (Con asombro.)
¿Tal creéis?... ¿Pero es posible
que vos injusticia tanta
cometáis?... (Con desesperación y energía.)

EMP. ¡Gandía!...
(Con majestad é imperio.)
F. JUAN. (Bajo al Duque.) ¿Qué haces?
DUQUE. (A la Emperatriz.)
Perdonad si las palabras,
en forma irrespctuosa,
de entre mis labios se escapan;
pero es que yo necesito
deciros que nadie iguala
en sumisión y en respeto
á quien ahora ante vos se halla;
que os miro, no como á reina;
no como á un Dios, á quien se habla
con lo rodilla en el suelo,
y en el suelo la mirada;
que si mi lengua ó mis ojos,
irreverentes, llegaran,
no á ofenderos, á dar pábulo
á una sospecha, á una infamia,
estos ojos me quitase,
y esta lengua me arrancara.
(Con pasión.) Creedlo, y sabed, señora,
que no ofende, que no agravia,
quien, como yo, en admiraros
pone su ambición más alta,
y á gusto por vos daría
vida, honor, conciencia y alma;
porque vos sois... (Reprimiéndose.)
¡Sois mi reina,
y es mi obligación el darlas
por vos, y á vos os los traigo,
y los pongo á vuestras plantas!
(El Duque se arrodilla á los pies de la Emperatriz.)
EMP. Alzad, Duque. (Conmovida.)
DUQUE. Perdonadme
antes, si queréis que lo haga.
EMP. ¡Perdonaros!
(Reiterando al Duque la orden de levantarse con un gesto, y procurando conservar la serenidad.)
Tened cuenta
con lo que hacéis; poned tasa,
primero, á vuestras locuras,

porque pueden ser infamias
las locuras cuando llegan,
por ceguedad temeraria,
á la dignidad de un nombre
y al concepto de una dama.
(Vuelve la espalda al Duque, y se dirige á la derecha.)

DUQUE. (Ap.) ¿Qué dice?
(Dirigiéndose hacia la Emperatriz.)
¡No, no es posible
que de mí supongáis...!

EMP. (Interrumpiéndole, con majestad.) ¡Basta!
(Sale por la puerta de la derecha, sin volver la cabeza.)

ESCENA IX

EL DUQUE DE GANDÍA y FRAY JUAN

DUQUE. ¿Qué es esto?... ¿Qué la hice yo
para que me trate así?...
(A Fray Juan.) ¿Acaso ella sabe...?

F. JUAN. ¡Sí!

DUQUE. ¿Lo que en mi quinta pasó,
lo que una lengua cobarde
dijo en voz baja á mi oído?...

F. JUAN. La Emperatriz lo ha sabido.

DUQUE. (Con fiereza.)
¡Yo atajaré el mal!

F. JUAN. Es tarde,
y nada podrás hacer.
Cuando la calumnia da
un paso, ¿quién logra ya
su carrera detener?...

DUQUE. Quien conoce, como yo,
al calumniador, ¿quién puede
hacer que en silencio quede
el que esa infamia inventó?

F. JUAN. ¿Y podrás? (Con tristeza.)

DUQUE. (Con energía.) ¿Vos lo dudáis?

F. JUAN. ¿Como el labio que mancilla,
se detiene?

DUQUE. Es muy sencilla
acción. ¿No lo adivináis?...
Pues la explicación es clara
y fácil. Busco al traidor,
le arrojo su deshonor
y mi desprecio á la cara;
le llamo á gritos, ¡villano!
Mi cólera le provoca,
con el agravio en la boca
y con el hierro en la mano;
dirimimos la cuestión
brazo á brazo, espada á espada,
le tiendo de una estocada
en medio del corazón;
y su silencio asegura,
su cuerpo al rodar sin vida,
que la boca de una herida,
ni calumnia, ni murmura.

F. JUAN. ¡Insensato! ¿y así esperas
á la Emperatriz salvar?

DUQUE. De ese modo.

F. JUAN. Con matar
á un hombre, ¿qué consiguieras?

DUQUE. La calumnia detener.

F. JUAN. Te engañas. Darle sería
más alientos todavía.

DUQUE. ¡Qué hacer entonces, qué hacer!
Pronto; decidlo señor;
ved si de salvarla hay modo.

F. JUAN. ¿Tú te hallas dispuesto?...

DUQUE. A todo.
¿No contempláis mi dolor?
Todo por ella lo ofrezco.
Si para salvarla, existe
un medio, y en mí consiste,
decidlo, y os obedezco
sin vacilar; en seguida;
si su dignidad reclama
mi fama, entrego mi fama;
y si mi vida, mi vida.

F. JUAN. Pues bien; si resuelto estás
á cumplir tan noble intento,

sal de la corte al momento
y no la veas jamás.

DUQUE. (Con espanto.)
¡No!... ¿Qué habéis dicho?
¿Qué horrible
pretensión abrigáis?...

F. JUAN. (Con severidad.) ¡Qué!
¿Te niegas?

DUQUE. (Con decisión.) Nunca lo haré.
¡No verla más...! ¡Imposible!...

F. JUAN. ¿Así cede tu valor,
y tu fe se desvanece?...
¡Y eres tú, ¡tú! quien ofrece
por ella, vida y honor!...

DUQUE. Todo; no me vuelvo atrás.
Vida, y honra, y fama, sea.
¡Pedirme que no la vea,
es pedirme mucho más!

F. JUAN. Pues mira, que puede ser
indigno de un caballero,
poner su pasión, primero,
que el honor de una mujer.

DUQUE. ¡Fray Juan!

F. JUAN. En la infamia toca
tu egoismo; ni la quieres,
ni digno de piedad eres,
por tu negativa loca. (Se dirige á la derecha.)
Adiós, y que el cielo olvide
tu culpa.

DUQUE. ¡Mi culpa!...

F. JUAN. Adiós.
Te dejo á solas con Dios.
A solas con Él decide.
(Fray Juan sale por la derecha.)

ESCENA X

EL DUQUE DE GANDIA y EL MARQUES DE MONTILLA; al final EL CONDE DE UBEDA

DUQUE. ¡Huir!... ¿Cómo si me atrae
su amor, si en sus ojos brilla

toda mi luz!...

(Entra Montilla por el fondo; al ver al Duque, hace ademán de retirarse, y en su precipitación, tropieza con un mueble. Al ruído que hace, el Duque levanta la cabeza, ve á Montilla, y se dirige hacia él.)

¿Quién? ¡Montilla!

(Con feroz alegría.)

Dios á mi encuentro le trae.

MONT. (Ap.) ¡Caí!... (Asustado.)

DUQUE. (A Montilla.) Un crimen cometísteis
anoche; á la reina osásteis.
Sois vil si el hecho inventásteis;
traidor si lo repetísteis.

MONT. ¡No fué mía la invención! (Con terror.)

DUQUE. ¿No? (Con impaciencia.)

MONT. (Con angustia.) No.

DUQUE. Pues decidme el nombre
del miserable, del hombre
que osó á tan villana acción.
Decidme quién es; nombradlo,
y mi perdón os concedo.

MONT. Sería indigno... No puedo
decirlo.

DUQUE. (Con tono amenazador.)
Entonces, calladlo;
pero mirad lo que hacéis,
pues si su nombre ocultáis,
el puesto suyo tomáis,
y por él me respondéis.

MONT. (Ap.) ¡Demonio! (Alto.) ¡Escuchadme!
(Con acento de temor y de súplica.)
(Aparte.) ¡Este hombre
es una fiera!

(El Duque sujeta á Montilla por el brazo.)

DUQUE. (Con cólera.) ¡Acabad
Montilla!

MONT. (Aterrado.) ¡Por caridad,
soltadme!

DUQUE. (Sujetándole.) Decid su nombre.

(Entra Ubeda por el fondo, y se detiene en segundo término.)

MONT. ¿Y me perdonaréis?

DUQUE. (Con desprecio.) Sí.
¿Quién la calumnia inventó?
(Montilla ve á Ubeda.)
MONT. (Ap.) ¡Ubeda!
(Al Duque, señalándole á Ubeda.)
¡Miradle!
UBEDA. (Adelantándose hacia el Duque.) ¡Yo!
DUQUE. (Sorprendido.) ¿Fuísteis vos, Conde?
UBEDA. (Con serenidad.) Yo fuí.

ESCENA XI

EL DUQUE DE GANDIA, EL CONDE DE UBEDA y EL MARQUES DE MONTILLA; al final LEONOR

UBEDA. Yo que os odio, y ambiciono
heriros en cuanto amáis,
y queréis, y respetáis;
yo, que en mi odio no perdono,
ni vuestra ilusión más bella.
DUQUE. ¡Traidor! (Avanzando hacia Ubeda.)
UBEDA. (Con frialdad rencorosa.) ¿Matarme queréis?
DUQUE. ¡Sí!
UBEDA. Yo á vos. ¿Apetecéis
venganza? Yo me ofrezco á ella,
y vuestra cólera afronto.
DUQUE. Entonces, ¿á qué esperar?
UBEDA. Sólo me aflige un pesar;
el de mataros tan pronto,
sin miraros deshonrado,
y suplicante, y vencido;
de don Cárlos, maldecido;
de la reina, despreciado.
(Aparece Leonor en la puerta de la izquierda; al ver á Ubeda y al Duque, se detiene y escucha.)
La reina, á quien amáis ciego.
¿Verdad?
DUQUE. ¡Sí!
LEONOR. (Aparte.) ¿Qué?
DUQUE. ¡Te lo juro!

¡Ya ves si estaré seguro
de matarte, que no niego!
¡A nuestra venganza ahora!

UBEDA. ¡Vamos!

MONT. (Aparte.) ¡Qué horror!

(Ubeda y el Duque se dirigen hacia la izquierda. Leonor se dirige hacia el Duque.)

LEONOR. (Al Duque, con espanto.) ¡No salgáis!

UBEDA. (Ap.) ¡Ella!

DUQUE. (A Ubeda.) ¡Vamos!

LEONOR. ¿Dónde vais?

DUQUE. ¡Dejadme salir, señora!

(El Duque aparta á Leonor, que retrocede y sale por la izquierda con Ubeda.)

MONT. ¡Qué arrojo!... ¡Qué valentía!...
Si yo tuviese un instante,
uno sólo, ese arrogante
valor, ¿qué cosas haría?...

ESCENA XII

LEONOR y el MARQUES DE MONTILLA; luego LA EMPERATRIZ ISABEL y FRAY JUAN

LEONOR. (Con desesperación.)
¿Dónde van?... ¿Pero es posible
lo que imagino? ¡Y yo espero...!

MONT. (Ap.) ¡Nada; se matan!

LEONOR. ¡No quiero
que él muera!... ¡Sería horrible
que tal llegase á ocurrir!

(Se dirige hacia la cámara de la Emperatriz, á tiempo que salen por la derecha ésta y Fray Juan. Leonor exclama, dirigiéndose á la reina.)

¡Oh, salvadle, por favor!

EMP. ¿Qué sucede, Leonor? (Sorprendida.)

LEONOR. De aquí acaban de salir
juntos, y á batirse van.

EMP. ¿Quién? (Con sorpresa.)

LEONOR. ¡Ubeda y él!

F. JUAN. ¡Gandía!

EMP. (Ap.) ¡Tal vez por mí, Virgen mía!
(Alto. Con ansiedad.)
¿Dónde fueron?... ¿Dónde están?...
(A Montilla.)
Id pronto, y en nombre mío,
detenedlos donde estén.
(Sale Montilla por el fondo.)
LEONOR. ¿Será tarde? (Mirando por el balcón.)
EMP. (A Fray Juan.) ¡Id vos también!
(Sale Fray Juan por la izquierda.)
¡Santo Dios, en tí confío!
(Leonor escucha las últimas palabras de la Emperatriz.)

ESCENA XIII

LEONOR y LA EMPERATRIZ ISABEL

MÚSICA

EMP. ¡Santa Virgen protectora, mi fe
calma, calma mi anhelo!
LEONOR. (Y es por su causa.)
Señora, ¿qué hacéis?
EMP. Implorar al cielo.
LEONOR. No roguéis, porque no quiere
del culpable, ruegos Dios.
Y si el Duque lucha y muere,
muere, señora, por vos.
EMP. ¿Qué dijísteis? ¿qué pensáis?
LEONOR. Que amáis á Gandía.
EMP. (Con indignación.) ¿Qué?
Duquesa, á la reina habláis.
LEONOR. A la reina, ya lo sé;
pero vuestro amor acaba
de tornarme vuestra igual.
Que en amor, reina ó esclava,
la rival, siempre es rival.
Valla no que hablar me impida.
En esta hora de dolor,

cuando dispuesto su amor,
cuando tema por su vida,
nada me detiene,
nada he de temer,
si su amor me falta,
si me falta él...

EMP. Tu rival no puedo ser,
que no hay en mi corazón
vallas para mi deber,
ni lugar á la traición;
sólo por salvarle lucho,
y es tan grande mi deseo,
que tus insultos no veo;
ni tus palabras escucho.

—

Tu angustia disculpa
tan infame acción;
por eso á tu insulto
concedo perdón.

LEONOR. Perdón no reclamo,
nada he de temer;
si mi amor me falta,
si me falta él...

ESCENA XIV

LEONOR, LA EMPERATRIZ ISABEL y CORO dentro; al final EL DUQUE DE GANDÍA

CORO. (Dentro.)
Allí viene cabizbajo,
(Leonor se dirige con ansiedad al balcón, pero antes de llegar, se detiene.)
descompuesto el ademán:
ya no hay duda, le dió muerte,
le mató sin piedad.

LEONOR. ¡Viene!

EMP. ¡Viene! ¿Pero cuál?

LEONOR. ¿Será él?

EMP. ¡Vedlo! Yo no puedo
á su encuentro avanzar.

LEONOR. ¡En salvo! (Luego de mirar por el fondo.)

EMP. ¡En salvo!

(Entran por el fondo el Duque y Fray Juan, dirigiéndose éste donde está la Emperatriz. El Duque se queda en el umbral de la puerta.)

DUQUE. ¡El cielo vengarme dejó!
Ahora, que ella disponga
de mi vida y de mi honor.

ESCENA XV

LA EMPERATRIZ ISABEL, LEONOR, EL DUQUE DE GANDÍA y FRAY JUAN

EMP. Yo pensaba que en palacio,
que de noble se preció,
á su reina respetase
y domara su furor.
Quien procede de otra suerte,
quien afrenta este lugar,
sólo es digno de castigo,
no merece ni piedad.

—

DUQUE. Un villano me ofendía,
y su ofensa castigué;
en causa que á mi honra toque,
yo tan sólo soy el juez.

LEONOR. ¡Cuánto la ama!

F. JUAN. ¡Desdichada!
¡Dios la inspire en su deber!

DUQUE. Vuestras órdenes espero,
de mi vida disponed;
decidme ya el castigo
á que soy acreedor.

EMP. Vais á verlo.

(Golpea el tantán, y entra un Paje.)

LEONOR. ¿Qué intenta?

F. JUAN. ¡Su afán bendiga Dios!

EMP. (Al Paje.)
Salid, y que la corte
venga hasta aquí, mandad.

(Sale el Paje por el fondo.)

Como la afrenta,

público el castigo será.

DUQUE. Quiere que todos puedan mirar
que ella no tiene de mí piedad,
si á salvo logra su honor poner,
felíz yo, aunque la muerte,
por salvarla se me dé.

EMP. Porque lo exige mi dignidad,
de él, yo no puedo tener piedad.
Si á salvo logro mi honor poner,
felíz yo, aunque me cueste
la muerte mi deber.

F. JUAN. Porque lo exige su dignidad
de él ya no quiere tener piedad.
Que á salvo logre su honra poner,
aunque morir le cueste
cumplir con su deber.

LEONOR. Quiere que todos puedan mirar,
que ella no tiene ya de él piedad.
Si su amor logro yo poseer,
feliz yo, aunque me cueste
morir dichosa ser.

ESCENA XVI

LA EMPERATRIZ ISABEL, LEONOR, EL DUQUE DE GANDIA y FRAY JUAN; CORO, por el fondo.

CORO. ¿Por qué nos llama?
¿Qué ocurrirá?
¿Que contra el Duque decidirá?

EMP. Señor Duque de Gandía
En castigo á lo que hacéis,
os ordeno, que mi corte
desterrado, abandonéis.
(A Leonor.)
Señora, á vuestro esposo
al destierro seguid.

LEONOR. (¡Perdón!)

EMP. (Callad y amadle,
amadle, y sed feliz.)

CORO. ¡Qué castigo tan tremendo!

¡qué destierro tan cruel!
Mas lo manda, y es forzoso
á la reina obedecer.

DUQUE. Venturas de mi vida,
ensueños de mi amor,
encanto de mi alma,
¡adiós por siempre, adiós!

CORO. Dejadle solo,
¡no acercarse á él!

EMP. ¡Salid!

DUQUE. ¡Cúmplase vuestra
suprema decisión!

EMP. Y ahora, ¿quién á mis penas
dará consuelo?

F. JUAN. ¡Dios!

LEONOR, EMP., DUQUE y F. JUAN.
Venturas de mi vida, etc.

CORO. Señor Duque de Gandía, etc.

(Leonor y el Duque salen por el fondo. Breve pausa. Luego, la Emperatriz se dirige hacia el fondo, pasando por entre los Cortesanos, que se inclinan ante ella.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

El teatro representa la plaza del Zocodover, de Toledo, en la época de Carlos Quinto. En el fondo, y como á tres metros de altura sobre el suelo, un tablado con barandilla revestida de morado, con las armas de Toledo en el centro de la colgadura. Una bocacalle en el lateral derecho, otra en el izquierdo, y una en cada uno de los ángulos del fondo. Al levantarse el telón, aparecen en escena grupos de Aldeanos y Aldeanas, Soldados, Pajes, Estudiantes, Caballeros, etc. Da acceso al tablado una escalera practicable, situada al lado derecho del mismo. Procúrese que la decoración guarde la mayor semejanza compatible, con las conveniencias escénicas, á la que era la plaza del Zocodover en la época á que se refiere la acción.

ESCENA PRIMERA

ALDEANOS, ALDEANAS, PAJES, SOLDADOS, ESTUDIANTES, etc.

MÚSICA

CORO. Celebremos la vuelta
del Emperador,
que en Flandes, al hereje
vencido dejó.

Cuando suenen las doce,
en Toledo entrara.
Por eso estos festejos
dispuso la ciudad.
Baile por la mañana,
baile al anochecer,
y por la tarde, toros
en el Zocodover.
¡Qué fiesta tan lucida!
¡qué alegre diversión!
Nunca mejor dispuesta
estuvo la función.

(Los Soldados se acercan á los Aldeanos y Aldeanas, que pasean juntos.)

SOLDS. Déjame, hermosa niña,
ir á tu lado.
ALDS. Tengo quien me acompañe,
señor Soldado.
SOLDS. Y eso, ¿qué importa?
ALDS. Mucho.

(Los Soldados tratan de coger la mano á las Aldeanas.)

ALDEANAS y ALDEANOS.
¡Quietas las manos!
SOLDS. ¡No están poco soberbios
los Aldeanos!

(Los Pajes y los Estudiantes se acercan al grupo que forman Soldados y Aldeanos.)

Ellas con nosotros
tienen que venir.
ALD ¿Vamos á que no?
SOLDS. ¿Vamos á que sí?
ALD. ¡A que no!
SOLDS. ¡A que sí!

(Mientras los Aldeanos y los Soldados disputan, los Estudiantes y Pajes dan la vuelta y se colocan detrás de las Aldeanas.)

PAJES y ESTUDIANTES.
Lindas Aldeanas,
venid con nosotros,
y así dejaréis iguales
á los unos y á los otros.

ALDS. ¡Dejarlos!

PAJES y ESTUDIANTES.

¡Pues claro!
Que no á ver reñir,
sino á divertiros,
vinísteis aquí.

ALDS. No digo que no.

PAJES y ESTUDIANTES.

¡Es claro que sí!

ALDS. Es verdad.

(Mientras Aldeanos y Soldados siguen en su disputa, las Aldeanas se cogen del brazo de los Pajes y Estudiantes, y se van con ellos.)

SOLDADOS y ALDEANOS.

¡Se van con ellos!

ALDS. Es verdad, tienen razón.

SOLDS. ¿Os vais?

PAJES, ESTUDIANTES y ALDEANOS.

De ese modo, iguales
os dejamos á los dos.

SOLDADOS y ALDEANOS.

¡Tiene gracia la ocurrencia!

TODOS. ¡Basta ya de disputar,
y gocemos los festejos
que prepara la ciudad!
Baile por la mañana,
baile al anochecer,
y por la tarde, toros
en el Zocodover.
¡Qué fiesta tan lucida!
¡qué alegre diversión!
Nunca mejor dispuesta
estuvo la función.

(Suenan dentro dulzaínas y tamboriles; los grupos se dirigen hacia la bocacalle de la derecha del fondo, y miran por ella.)

CORO. Ya llegan los músicos,
y á su lado van
los que bailan, y el Alcalde
y el Concejo van detrás.
Hacia aquí se acercan;
ven conmigo, ven,

que bailar queremos
nosotros también.

(Los Aldeanos, Aldeanas, Pajes y Estudiantes, quedan á la derecha.)

(Entran por la izquierda un grupo de chiquillos saltando y bailando: detrás, y en dos filas, cuatro Tamborileros y cuatro Dulzaineros; á continuación de éstos, cuatro Maceros con sobrevestas moradas, y bordado en ellas el escudo de la ciudad, y un Ministril llevando el pendón de Toledo; detrás de los Maceros, el Alcalde y Concejo; á su espalda, Alguaciles y Ministriles, y á continuación de ellos, gente del pueblo, etc.)

ESCENA II

ALDEANOS, ALDEANAS, PAJES, SOLDADOS, ESTUDIANTES, BAILADORES y ACOMPAÑAMIENTO

CORO. ¡Viva el señor Alcalde!
¡Viva el Concejo!...
Hoy es día de fiesta
para Toledo.
¡Qué alegre día!
Que aquel que lo dispuso,
cien años viva.
¡Viva el señor Alcalde!
¡Viva! ¡Viva!

(Mientras el Coro canta, avanzan los Bailadores y Acompañamiento dando vuelta á la plaza al son de dulzaínas y tambroiles; las dos filas de Bailadores, lo hacen danzando al uso del país: al llegar al tablado, se divide la multitud en dos hileras, por entre las cuales pasan, el Concejo, el Alcalde y los Alguaciles, que suben por la escalera de la derecha, y toman asiento en el tablado. Los Tamborileros, Dulzaineros y Bailadores, ocupan el centro de la plaza.)

ESCENA III

ALDEANOS, ALDEANAS, SOLDADOS, PAJES, BAILADORES, etc.

HOMB. Ven, hermosa niña;
vamos á bailar;
trae tu linda mano,
que van á empezar.
MUJ. Aquí está mi mano;
vamos á bailar.
No hay que detenerse,
que van á empezar.

(Tocan dulzaínas y tamboriles, y todos bailan al uso del país, y al compás de la música.)

MUJ. No me mires bailando,
porque tropiezo;
y al mirarme en tus ojos,
el compás pierdo.
HOMB. Pues aun cuando los pierdas,
mírame un poco;
que si tú no me miras,
me vuelvo loco.
TODOS. Mírame á la cara,
prenda de mi vida;
no mudes el paso;
baila más deprisa.
MUJ. Mira que tropiezo;
que pierdo el compás.
HOMB. Pues ven á mis brazos,
y no te caerás.
MUJ. Mira que me caigo;
que no puedo más.
HOMB. Pues ven á mis brazos,
y no te caerás.
Ven niña.
MUJ. No quiero.
TODOS. ¡Já, já, já, já, já!
ELLOS. Cuando al alzar los ojos,
tu ojos veo,
no se lo que me pasa,

que me mareo.
ELLAS. Y yo, cuando tus ojos
en mí se fijan,
en el fondo del alma,
siento cosquillas.
TODOS. Mírame á la cara, etc.

(Cesan la música y el baile; la gente se dirige formando grupos hacia el segundo término, donde unos grupos se detienen, y otros pasean. Cuídese de que durante todo el cuadro, reinen en la plaza el bullicio y animación propios á una fiesta popular.)

ESCENA IV

EL MARQUES DE MONTILLA, CABALLERO 1.° y CABALLERO 2.°

HABLADO

MONT. Soberbias fiestas prepara
el Cabildo de Toledo,
para celebrar la vuelta
de con Carlos.
CAB. 2.° Ya era tiempo
de que volviese.
CAB. 1.° Medio año
hace que abandonó el reino.
CAB. 2.° ¿Y viene con él el Duque
de Gandía?
CAB. 1.° Hoy se cumplieron
cuatro años desde su marcha.
MONT. ¿Su marcha?... De su destierro
debéis decir.
CAB. 2.° Fué la reina
muy cruel.
MONT. Su atrevimiento...
su audacia...
CAB. 1.° Su deber hizo
matando á Ubeda.
CAB. 2.° Sangriento
fué el lance.

MONT. Y terrible, y duro,
porque los dos eran diestros,
y á muerte se aborrecían.
Aun parece que los veo,
con el brazo de la espada
recogido, firme el cuerpo,
y siguiendo con los ojos
el zig-zag de los aceros.
No hubo en el lance reservas,
ni cautelosos tanteos:
dos altibajos, dos quites,
un avance doble, y luego
tiró el Conde una estocada,
recogióla con su hierro
el Duque, metióse á fondo,
y el de Ubeda cayó muerto.
CAB. 1.° ¡Buen golpe!
MONT. De recordarlo
solamente, me estremezco.
CAB. 2.° El Duque...
MONT. Dejó la corte
á causa de tal suceso;
fué á Gandía con su esposa,
vivió allí, y á poco tiempo
partióse á Alemania, en busca
de su emperador y deudo.
Sirvióle toda la guerra
contra herejes y flamencos,
y, á juzgar por lo que dicen,
no ha habido en todo el imperio
combate ó escaramuza
donde no entrase el primero,
con el valor suïcida,
con el heroísmo ciego
de quien en la muerte busca
su más seguro remedio.
CAB. 2.° Es un héroe.
MONT. De amores
sin esperanza, salieron
siempre los frailes más santos,
y los más bravos guerreros.
CAB. 2.° ¿Y la Emperatriz?

CAB. 1.° No vive,
desde que él dejó Toledo.
MONT. ¡Tengamos quieta la lengua!
CAB. 1.° ¿Por qué causa? ¿Acaso miento?
¿No es verdad que ella padece
desde que él partió? ¿No es hecho
indudable que la reina
llega de su vida al término?
¿No es esto verdad?
MONT. Que muere,
que no hay esperanza, es cierto.
CAB. 2.° ¡Y tanto!
MONT. En vano la reina,
celebrando estos festejos,
trata de ocultar sus males
á su corte y á su pueblo;
que como retarde un día
el monarca su regreso,
puede estrechar en sus brazos,
en lugar de un vivo, un muerto.
CAB. 1.° ¡Ya lo veis!
MONT. Si no es que niegue
su dolencia; lo que niego,
es la causa que vosotros
dais á tan triste suceso.
CAB. 1.° ¿Y decís que el Duque viene
con don Carlos?
MONT. Sí.
CAB. 1.° Pues pienso
que viene á ser su llegada
como arrojar leña al fuego.
MONT. ¿No callaréis?...
CAB. 1.° Hago punto.
MONT. Más vale así.

(Mientras hablan Montilla y el Caballero 1.°, el Caballero 2.° mira hacia la bocacalle izquierda del primer término.)

CAB. 2.° ¿Qué es aquello?

(Montilla y el Caballero 1.° se acercan á mirar.)

MONT. Un ginete entre la turba
se abre paso... avanza... el freno
tiende al potro.

CAB. 1.° Ya se acerca.
MONT. Se detiene en el extremo
de la calle, ante la casa
de Borja... Pero, ¿qué veo?...
¡Es el Duque!
CAB. 1.° ¡El Duque!
MONT. El mismo.
CAB. 2.° Sí.
MONT. ¡Corramos á su encuentro!
(Montilla se dirige á la izquierda.)
CAB. 1.° ¡El viene aquí!
(Entra el Duque de Gandía por la bocacalle lateral de la izquierda, en traje de camino. Montilla se dirige hacia él con grandes muestras de satisfacción y contento. Los Caballeros 1.° y 2.° le acompañan.)
MONT. ¡Señor Duque!
DUQUE. ¡Vos, Montilla!... ¡Caballeros!...
(Inclinándose ante los Caballeros 1.° y 2°, que le saludan.)

ESCENA V

EL DUQUE DE GANDIA, EL MARQUES DE MONTILLA y CABALLEROS 1.° y 2.°

MONT. ¡Por fin, en Toledo estáis!
¡Por fin os vemos! Viniérais
antes, si al venir supiérais
el contento que nos dais.
DUQUE. ¡Gracias! (Con frialdad.)
CAB. 1.° Nuestra alegría es
grande.
DUQUE. Lo sé, caballeros;
y temo que, al responderos,
me tratéis de descortés;
pero si el rey no ordenara
que yo á Toledo viniera,
ni más á veros volviera,
ni nunca en Toledo entrara.
MONT. ¡No volver! ¿Por qué motivo!
¿Es que la corte os asusta?
DUQUE. Es que, más que ella, me gusta

vivir la vida que vivo.
CAB. 1.° ¿Sentís agravios tal vez
contra quien os desterró
de la corte?
DUQUE. Agravios, no.
No puede agraviar el juez,
cuando sentencia en justicia.
No es por eso; es porque mi alma
sólo el olvido, y la calma,
y el aislamiento codicia;
y en mí, procurar consiste
que á nadie cause disgusto
compañero tan adusto,
y cortesano tan triste.
CAB. 2.° ¿Y venís...?
DUQUE. De corredor,
para dejar anunciada
á la reina, la llegada
de mi augusto emperador;
que, aun juzgando que es dolencia
no grave la de su esposa,
ni sosiega, ni reposa
hasta verse en su presencia.
CAB. 1.° Hace bien, si verla quiere,
hoy á su lado viniendo.
DUQUE. (Sorprendido.)
¿Cómo?... ¿Qué?... ¿Qué estáis diciendo?
CAB. 1.° Que la Emperatriz se muere.
MONT. ¡Imprudente! (Bajo al Caballero 1.°)
DUQUE. No; ¡callad!
¡Tal hecho, sería horrible!
¡No es posible!... ¡No es posible!
¡No lo creo!... ¡No es verdad!
(Con desesperación y amor.)
¡Ella!...
(Tratando de disculparse y de reprimir su arrebato.)
Perdonad que así
me arrebate... La sorpresa...
lo inesperado... (A Montilla.) ¿Es cierta esa
horrible afirmación?
MONT. (Luego de vacilar algunos instantes.)
Sí.

DUQUE. ¡Adiós! (A Montilla.)

MONT. ¿Qué intentáis?

DUQUE. Cumplir
con mi deber; anunciar
que el monarca va á llegar...
(Ap.) ¡Y si ella muere, morir!
(Salen por la derecha.)

CAB. 1.º Deploro mi ligereza.

MONT. ¿Vamos á palacio?

CAB. 2.º Vamos.

(Salen por la derecha Montilla y Caballeros 1.º y 2.º Al salir ellos, empiezan á sonar dulzainas y tamboriles.)

UN ALD. Muchachos, ¿á qué esperamos?
¿No véis que el gaitero empieza?

ESCENA VI

ALDEANOS, ALDEANAS, PAJES, SOLDADOS MUSICOS, BAILARINES, etc.

MÚSICA

CORO. Mírame á la cara
prenda de mi vida;
no mudes el paso;
baila más deprisa.

ELLAS. Mira que me caigo;
que pierdo el compás.

ELLOS. Pues ven á mis brazos,
y no te caerás.

TODOS. Mira que me caigo.
¡Já, já, já, já!

(Todos cantan y bailan al compás de la música.—
FIN DEL CUADRO PRIMERO

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

El teatro representa la cámara de la Emperatriz. Puerta grande al fondo, cubierta con un tapiz. Una en el lateral derecho, y otra en el izquierdo. A la izquierda, y cerca de la puerta, un sillón. Al levantarse el telón, salen por el foro la Emperatriz y Fray Juan.

ESCENA PRIMERA

LA EMPERATRIZ ISABEL y FRAY JUAN

HABLADO

EMP. Sí, Fray Juan; la muerte es la única
esperanza que me resta.
F. JUAN. No digáis tal.
EMP. ¿Por qué causa
no decirlo, si estoy cierta
de que mi vida concluye?
F. JUAN. ¡La muerte!... ¿Quién piensa en ella?
EMP. Yo, que acercarse la miro,
como una dicha suprema.
F. JUAN. ¿Qué decís?...
EMP. Lo que en mí pasa.
Inútilmente se empeñan
razón, voluntad, deberes,
en extinguir esta inmensa
sed que mi espíritu abrasa,

y mi pensamiento quema.
Odiarle quiero, y le adoro;
quiero olvidarle, y me estrecha
el corazón con sus brazos
de sombra, y á mí se aferra.
y mi espíritu esclaviza,
y mi voluntad doblega.
No quiero verle; mis ojos,
para no verle, se cierran,
y su imagen, en la noche
que yo creo se refleja.
Contra su amor busco apoyo
en mi dignidad de reina,
y en mis deberes de esposa,
y contra su amor no encuentra,
ni orgullo la soberana,
ni la esposa fortaleza.
A los brazos de mis hijos
demando asilo que pueda
librarme de él, y la madre
de ser amante no deja;
que como madre acaricia,
y como amante recuerda.
A todas horas me sigue;
en todas partes me acecha;
hasta cuando á Dios me vuelvo,
y cuando mis labios rezan,
su nombre á mis labios sube,
y con mi oración se mezcla.
¿Cuál, pues, ha sido mi triunfo?
¿cuál mi victoria? ¿qué resta
sino en mí, que por entero
á ese hombre no pertenezca?
Mi cuerpo... lo más mezquino;
lo más ruín; lo que se entrega
cuando el alma sube al cielo
para despojo á la tierra.

F. JUAN. Os engañáis: esas luchas
que os espantan, no os condenan
ante Dios, porque vuestra honra
sale vencedora de ellas.
Quien con terribles pasiones

combate, y en tales pruebas
no sucumbe, esté segura
de que al fin de la pelea,
habrá arrancado de su alma,
el amor que su alma llena.

EMP. ¡Arrancarlo!...

F. JUAN. Sí.

EMP. Más grande
es hoy mi amor que antes era.
En empeños dolorosos,
en crueles resistencias,
se ha aniquilado mi cuerpo,
apenas si ya me queda
vida mortal, y esta escasa
vida es suya toda entera.
Antes, para recibirle,
tuve aliento y tuve fuerzas...
Ahora... ¡Dios mío, si ahora
él á mi encuentro viniera!...

F. JUAN. ¡Señora!...

EMP. Ya lo estáis viendo;
soy culpable, impura, ciega.
Dios no puede perdonar
á quien pasa su existencia,
negando lo que apetece
y esperando lo que niega.

F. JUAN. Dios perdona á quien combate;
Dios los sacrificios premia.
No hay que vacilar.
(Entra un Paje por la derecha, y se detiene en el dintel de la puerta.)

ESCENA II

LA EMPERATRIZ ISABEL, FRAY JUAN y UN PAJE

PAJE. ¡Señora!...

EMP. ¿Qué?

PAJE. En la antecámara,
y cumpliendo orden expresa

del emperador, el Duque
de Gandía...

EMP. ¡Él!

F. JUAN. ¡Él!

PAPE. Espera
para daros, en el nombre
del rey, de su viaje nuevas.

F. JUAN. ¡Yo...!

EMP. No; sola. En un combate,
el que pide auxilio, ceja.
Sola. (Al Paje.) Dadle entrada.
(Sale el Paje por la izquierda.)

F. JUAN. (Aparte.) ¡El cielo
la ilumine y la sostenga!
(Sale Fray Juan por el fondo.)

ESCENA III

LA EMPERATRIZ ISABEL; EL DUQUE DE GANDÍA, por la derecha.

MÚSICA

DUQUE. (Ap.) No me han mentido; la muerte
grabada en su rostro está.

EMP. (Ap.) ¡Cuánto amor hay en sus ojos!
¡Cuánta amargura en su faz!
¡Valor! (Alto.) Duque...
(Vacilando y retrocediendo hacia el sillón.)
(Aparte.) No, no puedo
avanzar, tenerme en pie...
Yo desfallezco.
(Se coge al brazo del sillón, haciendo esfuerzos para disimular su estado.)

DUQUE. (Con angustia.) ¡Vacila!
¡Va desplomada á caer!
(La Emperatriz se desploma sobre el sillón.)
¡Señora!... (Acercándose á ella y con espanto.)
¡Está inmóvil, rígida,
sin aliento, sin color!...

¡Desmayada! ¡Acaso muerta! (Con angustia.)
(Con desesperación y amor.)
No; ¿qué digo?... Muerta, no.
(Con pasión.)
¿Morir mientras que yo exista?
¿Morir Isabel? ¡Jamás!
¡Hasta con la misma muerte;
mi amor se atreve á luchar!
(El Duque contempla á la Emperatriz con tristeza y amor.)

Abre tus divinos ojos,
y déjame en ellos ver,
brillar toda la ventura
que lejos de tí soñé.
Háblame, dime que me amas.
No; tú no puedes morir;
yo necesito, yo quiero
que tú vivas para mí.

(La Emperatriz abre los ojos, mostrando en su rostro y ademanes la actitud incierta de una persona que vuelve en sí después de un desmayo.)

EMP. ¡Qué imposible y grata imagen
por mi cerebro cruzó!
¡El á mi lado!
(Contemplando al Duque de Gandía con asombro.)
¿Que es esto?
¿Quién me habla? (Reconociendo al Duque.)
¡Gandía!

DUQUE. (Arrodillándose á los pies de la Emperatriz.)
¡Yo!
Yo, que á las plantas
de la que adoro,
piedad suplico,
y amor imploro.
Quien insensato
siempre os amó,
y su existencia
diera por vos.

EMP. ¡Calláos!... ¿Qué terrible
locura os embargó?

DUQUE. La más grande é invencible;
la locura del amor;

la que en tu rostro
clara se ve;
la que me tiene postrado
de rodillas á tus pies.

EMP. ¡Oh! ¡basta, basta, Duque! (Levantándose.)
¡tened piedad de mí!

DUQUE. ¡Bastante hemos sufrido!
¡No quiero ya fingir!
Deberes necios
los que pretenden
matar dos almas
que amor enciende.
Me amas y te amo.
(Ademán de interrupción en la Emperatriz.)
Calla; lo sé;
tú serás mía;
tuyo seré.

EMP. ¡Duque!

DUQUE. ¿Por qué negarlo?
¿por qué luchar así?
¿Por qué vivir mintiendo
si me amas?

EMP. ¡Te amo, sí!...
Una insensata,
terrible llama,
con tus acentos,
mi pecho inflama.
Al escucharte,
luchar no sé;
rota en pedazos
muere mi fe.
Deberes necios
los que pretenden
matar dos almas
que amor enciende.
Siempre te quise,
siempre te ame,
y siempre tuya
mi vida fué.
Sólo es verdad que te amo,
que te hallas junto á mí,
que mi existencia es tuya,

que vivo para tí.

LOS DOS. Deberes necios
los que pretenden
matar dos almas
que amor enciende, etc.

(Breve pausa, después de la cual la Emperatriz levanta la cabeza como asombrada de lo que ha hecho.)

EMP. ¡Qué dije!... ¡Qué blasfemia
mi labio pronunció!

(Se levanta del sillón, y se aparta del Duque; éste se levanta también.)

¡Amarnos!... ¡Imposible!
¡Manchar mi fama!... No.

DUQUE. ¡Qué dices!... ¿Por qué arrancarme
de la dicha en que viví?

EMP. Porque ceder fuera indigno
para vos y para mí.
Os amo; no he mentido;
pero antes de ceder
y hacer mi honra pedazos,
muriera á vuestro pies.
Primero que la dicha,
primero que el amor,
está nuestra conciencia,
y existe nuestro honor.

DUQUE. ¡Qué debil y cobarde
á vuestro lado soy!
yo os amo; yo no puedo
luchar con este amor.

EMP. Pues que luchéis os mando,
y en que venceís confío.

(Después de una pausa.)

¡Señor, me habéis salvado;
gracias os doy, Dios mío!

(Se deja caer desfallecida en el sillón.)

Ahora la muerte.

DUQUE. (Con espanto.) ¡Cómo!
¡Qué escucho! ¡qué decís!

EMP. Que os amo, y soy honrada;
que muero, y soy feliz.

DUQUE. ¡Morir! (Acercándose á ella.)

EMP. (Con energía.) ¡Tocarme, nunca!

DUQUE. ¡Por compasión!
EMP. ¡Llamad!

(El Duque se dirige hacia la puerta de la derecha.)

DUQUE. ¡Fray Juan! ¡A mí! ¡socorro!
EMP. ¡Qué angustia; qué ansiedad!

(Entra Fray Juan por el fondo; mira á la Emperatriz, y llama á una Dama que entra.)

DUQUE. (Ap.) ¡Locura siniestra;
terrible pasión!...
¡Amor que así mata,
maldito amor!

(El Duque queda en un extremo de la sala mirando á la Emperatriz con pasión y espanto. Fray Juan y la Dama conducen á la Emperatriz hacia el fondo, mientras se escuchan la *coda* de orquesta sola, después de la cadencia del tenor.)

ESCENA IV

EL DUQUE DE GANDIA y CORO dentro; al final FRAY JUAN

HABLADO

DUQUE. ¡Yo soy quien la hiere así;
yo quien su dicha arrebato!
¡Qué infeliz, y qué insensato,
y qué cobarde nací!... (Pausa.)
¡Y vivo!... ¡y ella quizás
sucumbe!

(Se dirige hacia la puerta del fondo en actitud resuelta; antes de llegar á ella, se detiene.)

No; ¡dónde voy,
si de ella privado estoy;
si no puedo verla más!...

(Se oye dentro el Coro que canta, más como quien reza, que como quien canta las siguientes estrofas.)

MUSICA

CORO. ¡Dios mío, nada existe
que no exista para vos:
proteged su existencia;
protegedla, señor!
Su vida conservarnos;
su espíritu salvad;
no dejéis que sucumba;
¡piedad, señor, piedad!
(El Duque presta oído, y á la mitad de la primera estrofa, prosigue su monólogo.)

HABLADO

DUQUE. Rezan. Yo también confío
al cielo su salvación.
Permite que mi oración
se una á la de ellos, Dios mío.
(Cesa el Coro en sus rezos.)
Callaron... ¿Será posible
que ya no exista?
(Se dirige hacia la puerta del fondo.)
¿Qué espero?
¡Voy á saberlo; prefiero
todo, á esta duda terrible!
(Se detiene junto á la puerta del fondo, y escucha.)
Nada hablan; nada se advierte.
Inútilmente se afana
mi ansiedad...
(En este momento se escuchan tres campanadas lentas, de campana grande, que se supone suenan en la torre de la Catedral.)
Esa campana,
¿nnncio es de duelo y de muerte?...
¡Quiero saberlo de cierto!
¡Quiero verla!
(Se dirige con desesperación hacia la puerta del fonfondo, ésta se abre de par en par, y aparece Fray Juan en el dintel.)

F. JUAN. (Al Duque, con solemnidad.) ¿Dónde vas?
DUQUE. ¡Dejadme pasar!
F. JUAN. (Con severidad.) ¡Atrás!
¡Gandía, la reina ha muerto!
(El Duque retrocede con espanto.)

FIN DEL CUADRO SEGUNDO Y ACTO TERCERO

EPÍLOGO

Entre el acto tercero y el epílogo no se hará entreacto, dejándose caer el telón de boca, mientras la orquesta toca el preludio, y se escucha dentro el *Miserere.*

El teatro representa la cripta ó panteón de reyes de la Catedral de Granada. Da acceso á ella una ancha gradería, imitando mármol, y limitada por una verja, cuyas dos hojas centrales estarán abiertas hacia adentro y de par en par. Esta verja estará situada en el fondo hacia la derecha, y por ella penetrará la luz, con que se supone iluminada la iglesia. A uno y otro lado de la gradería se alzarán dos balaustradas, estilo Renacimiento; en el centro de cada una de las cuales se verá una pila de piedra, y debajo de ella, en escudos de piedra también, las armas de España y Austria. Del centro de la cripta arrancará un arco de ancha saliente, en cuyo centro aparecerán esculpidos dos angelotes de piedra. A la izquierda del arco habrá un túmulo bajo y un ataúd escorzados, en forma que la cabecera se incline hacia el público y los pies hacia el fondo. El túmulo estará hacia el segundo término, cubierto por un paño de terciopelo blanco, que caerá sobre el suelo, y tendrá bordada, en su extremo, el águila negra de los Austrias y las armas de España. El ataúd será de terciopelo, ostentando, en uno de los costados hacia la cabecera, y en dos escudos que forman ángulo, las armas de España y Austria. La base del ataúd estará constituída por una hilera de gruesos clavos de acero.

La colocación de los personajes será la siguiente: En primer término, á la izquierda, y frente á la cabecera del ataúd, un grupo de Caballeros. Detrás del ataúd, Montilla, Caballe-

ros 1.° y 2.°. A la derecha del arco, un grupo de Frailes. Al pie del ataúd, y en primer término, el Duque de Gandía y Fray Juan. Enfrente de ellos, á la izquierda, y en primer término también, un Arzobispo-Cardenal, revestido con capa pluvial y gorro morado en la cabeza. A su izquierda, un Obispo; á su derecha, el Prior revestido; Frailes, Diáconos, Subdiáconos y Acólitos. A la derecha de éstos, Damas y Pajes. Detrás del Arzobispo, el Acólito que sostiene el báculo, y el clero parroquial revestido y con cruz alzada. Más al fondo, y doblando sobre las figuras antedichas, para llegar hasta el pie de la escalera, y extenderse por ella hasta desvanecerse en el fondo, Damas, Caballeros y Soldados de la Guardia del rey.

Procúrese que la escena y los personajes representen lo más aproximadamente posible el famoso cuadro de Moreno Carbonero, *La Conversión del Duque de Gandía*.

ESCENA ÚNICA

EL DUQUE DE GANDÍA, FRAY JUAN, EL MARQUES DE MONTILLA, CABALLEROS 1.° y 2.°, EL ARZOBISPO, EL OBISPO, EL PRIOR, CLERIGOS, ACOLITOS, FRAILES, CABALLEROS, DAMAS, PAJES, SOLDADOS y ACOMPAÑAMIENTO

El *Miserere* comenzará momentos antes de alzarse el telón.

MÚSICA

MISERERE

A la terminación del *Miserere*, el Arzobispo se adelanta, pasa por detrás de Gandía y Fray Juan y rocía el ataúd con un hisopo, que entrega luego al Acólito que le acompaña.

HABLADO

El Prior se adelanta, y dice dirigiéndose al Duque.

PRIOR. ¿Sois quien de doña Isabel
guardáis el cadáver?

DUQUE. ¡Sí!

PRIOR. ¡Su sepulcro se abre aquí:
hacednos entrega de él!
DUQUE. ¡Llegó el momento! (Con angustia.)
F. JUAN. (Bajo.) ¡Valor!
PRIOR. ¡Duque, el ataúd abrid:
mirad el cuerpo, y decid
si es doña Isabel!

(El Duque saca del pecho la llave del ataúd, se dirige á él y lo abre: levanta la tapa, mira al fondo del ataúd, deja caer la tapa, y retrocede con espanto.)

DUQUE. (Retrocediendo.) ¡Qué horror!...
CAB. 1.° (A Montilla.) ¡Qué dura y siniestra huella
en ella dejó la muerte!
DUQUE. ¿Pero es verdad lo que advierte
mi vista? (Con desesperación.)
¿Es verdad?... ¡Es ella!...
¡Ella, la impura materia
que se descompone ahí dentro!
¡Ella, la Emperatriz, centro
de podredumbre y miseria!...
¡Ella, la que allí se ve,
la que ese ataúd abriga!...
F. JUAN. ¡Duque!...
DUQUE. (Con acento de locura.) ¿Qué queréis¿que diga?
¿que es ella?... ¡No lo diré!...
F. JUAN. ¡Vuelve en tí!

(El Duque hace un esfuerzo para serenarse, y luego de una pausa se dirige al Prior.)

DUQUE. (Al Prior.) ¡Oidme, señor!
Aquel ataúd, cerrado,
me fué en Toledo entregado
por mi rey y emperador.
Su llave se encuentra aquí,
(Enseñando la que tiene en la mano.)
y os empeño el juramento
de que ni un solo momento,
ni uno, se apartó de mí.
A su lado en la jornada,
á su lado al descansar,
y, por la noche, á llorar
con la cabeza apoyada
sobre este mortuorio lecho,

ofreciendo á esos despojos
las lágrimas de mis ojos,
los gemidos de mi pecho;
procurando en mi agonía,
más que mi dolor, ser fuerte,
y respirando la muerte
que de ese ataúd salía...
Esto hice, esto es lo que sé,
lo que podéis exigirme;
nada más queráis pedirme.
Yo nunca declararé
que es ese signo fatal,
de la podredumbre humana,
la hermosura soberana
de Isabel de Portugal.

(El Duque oculta el rostro entre las manos: pausa.)

F. JUAN. ¡Hijo! (Acercándose á él.)

(El Duque se acerca al ataúd lo contempla con desesperación, y vuelve al lado de Fray Juan.)

DUQUE. ¿Conque así ha de ser?
¿Conque en la muerte concluye
todo? ¿Conque ella destruye
grandeza, rango y poder?...
¿Conque ella á sucumbir
van hermosura y amor?...

Breve pausa, y dice arrojándose en brazos de Fray Juan.)

¡No más servir á señor
que se me pueda morir!

(La situación de los actores será la misma, excepción hecha del Duque y Fray Juan. El primero, estará apoyado en el hombro de éste, y volviendo la espalda al público. Fray Juan, contemplándole con amor y tristeza. El telón caerá lentamente á los acentos del *Miserere.)*

FIN DEL DRAMA

OBRAS DE JOAQUÍN DICENTA

El suicidio de Werther, drama en cuatro actos y en verso.
La mejor ley, drama en tres actos y en verso.
Los irresponsables, drama en tres actos y en verso.
Honra y vida, leyenda dramática en un acto y en verso.
Luciano, drama en tres actos y en prosa.
El duque de Gandía, drama lírico en tres actos y un epílogo.
Spoliarium, novelas cortas.
Tinta negra, artículos y cuentos.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.